

Máximo Gómez

y las

Invasiones del 75 y del 95

Conferencias Pronunciadas

por el

Dr. B. Souza



BIBLIOTECA
EVELIO GOVANTES

"EDITORIAL MINERVA"

PI Y MARGALL 110

LA HABANA

1932

F
1783
G4943

**EATIN
AMERICA**

22/1/40

INTRODUCCIÓN

MAXIMO GOMEZ (1)

Fué el primer guerrillero de la década iniciada por Céspedes el 10 de octubre de 1868 y el genio director de la última y definitiva lucha por la independencia. En los Pinos de Baire enseñó a los cubanos a escribir con su resolución el prólogo de las hazañas del machete. Palo Seco y las Guásimas, Mal Tiempo y Juan Criollo consagraron al héroe. En la paz que siguió al Zanjón, como al reanudarse el combate después, en 1895, fué emblema de esperanzas, bandera de guerra, augurio de victoria.

Grande por la virtud y el carácter, más grande aun por la abnegación y el desinterés, Cuba venera y recuerda al glorioso dominicano llamándole, como por su nombre de pila, El Libertador.

JOSÉ MANUEL CARBONELL.



UANDO el observador impasible examina a su personaje, lo escruta y lo disea bajo la lente, clasifica y cataloga sus hazañas, cuando establece con él intimidad, sucede muchas veces con ciertos hombres que no sufren éstos el frío examen y a la compilación de sus altos hechos, se levantan a la vida, alzan la voz y llevan a su historiógrafo, por la mano, del juicio sereno a la admiración ardiente. Y es necesario, entonces, buscar un poeta que los cante y no un sabio que los clasifique. Máximo Gómez es uno de estos personajes. Y por eso inscribo yo, como introducción a este trabajo, la síntesis rotunda y elocuente hecha de Gómez por un poeta, por nuestro cubanísimo poeta José Manuel Carbonell.

Tuvieron por origen estas dos conferencias, reunidas aquí, las que con el tema de las Invasiones a Occidente pronunciaron

(1) Inscripción para el monumento, proyectado, que señalará el desembarco de Gómez y Martí en Playitas.

los doctores Hernández y Cañizares en la Academia de Artes y Letras. Veteranos, sobre todo del Estado Mayor y Escolta de Gómez, la misma Sociedad de Artes y Letras y otras personas, me invitaron a ellas porque, a su juicio, aparecía disminuída o ignorada, sobre todo en la del doctor Cañizares, la parte de protagonista que en ambas tuvo el General en Jefe de nuestro Ejército Libertador, por algo, nuestro General en Jefe.

Difícil es, entre nosotros, encontrar la capacidad para tratar asuntos de historia, los que requieren como cuestión prima ajustarse a la verdad. Nosotros, meridionales, hombres del Trópico, no tenemos, por temperamento, noción de la mensura. Deformamos al objeto, la hipérbole es nuestro guía y exaltamos o deprimimos sin tasa ni límite alguno. Los testimonios llegan a ser casi nulos por esta nuestra propensión ingénita de separarnos, involuntariamente, de la noción real. El que ha visto un hecho lo trastorna y cambia en su esencia, de modo tal, que casi ninguno de los testigos lo conoce después y junto a todo eso cada uno de nosotros lleva dentro de sí a un Nicolás Chauvin (1), y los más modestos comparsas de nuestra Revolución dieron la idea, fueron el origen de los grandes hechos, inspiraron a Gómez y a Maceo sus resoluciones, han asistido a entrevistas secretas, saben de expresiones que cambian toda la faz de la historia y, sobre todo, es signo fatal para su testimonio, cuando de él se duda, que ellos afirmen enfáticos: “¡Yo lo vi!” Basta ese solo “¡Yo lo vi!” para deducir su falsedad. Pobres diablos oyeron cosas de las que nadie sabe ni ha oído. Cosas ignoradas por Miró, Boza, Loynaz, Sánchez Agramonte y otros testigos de nota. Por eso es tan difícil reconstruir la vida de aquellos hombres en la que debemos atenernos sólo al hecho escueto, que por fortuna no puede ser suprimido. Los documentos, sobre todo los suscritos en el momento mismo de la acción

(1) Nicolás Chauvin, soldado napoleónico, acribillado de heridas, se hizo notar por su exaltación en el relato de los acontecimientos en que había tomado parte. Le preguntaban: Chauvin, ¿cómo fué la batalla de Austerlitz?, y él, soldado raso, había sido el factótum de la batalla. Su tipo, popular en el ejército francés, dió origen al término “chauvinista” domicillado hoy en casi todos los idiomas.

y llevan la impresión fugitiva de ese instante, los diarios y cartas redactados *entonces* y no *ahora*, permiten con juicio crítico explicar muchas cosas de nuestra Revolución. Además de lo que está al alcance de todos he tenido a mi disposición, he tomado notas de las Diarios inéditos del General Freyre Andrade, del General Eugenio Sánchez Agramonte, del Teniente Coronel Rosell, del Capitán Despradel, del General Monteagudo, del Coronel Fermín Valdés Domínguez y otros más, riquísimo este último en documentos originales, copiosísimo, llevado por su autor al día y cuando éste se publique será tal vez la impresión más vívida y sensacional de nuestra última guerra por la Independencia. Poseo cartas originales, copias, documentos desconocidos, cuya publicación innecesaria sería como el estallido de una bomba en cielo sereno, firmadas por hombres como Martí, Gómez, Maceo, Masó, Miró, Don Tomás, Calixto García, José Maceo, Lacret, Alemán, Freyre Andrade, Eusebio Hernández y otros.

Nuestro deseo, cuando de alguien escribimos y tomamos por la senda del ditirambo, es presentarlo como algo abstracto, perfecto, divino, cuando han sido hombres, si bien excepcionales, humanos como los demás.

No se puede tampoco investigar los puntos históricos llevado a ello por la malquerencia hacia alguno de los actores y de todos es notorio que las relaciones del General Gómez y del primer gobierno revolucionario no fueron cordiales y tan divorciados estaban que sin reseñar aquí los enojosos incidentes ocurridos entre ellos, sólo apuntaremos que en la Asamblea de la Yaya ninguno de sus miembros fué, por eso y por otras causas, reelecto, con la excepción de Masó, cuya candidatura para Presidente recomendó el General Gómez. (1)

(1) Párrafos de la carta de Bartolomé Masó a Máximo Gómez, fechada en La Matilde, noviembre 3 de 1897: "Mi generoso amigo: Cuando llegan a un hombre adolorido las generosidades de un viejo camarada de gloria y de fatigas, de uno de los pocos veteranos de la gran campaña que ya nos van quedando, es preciso contestar con el alma abierta, el corazón en la mano... las cartas de usted a varios

Gerardo Castellanos (1) nuestro más capacitado historiador, de los que viven, no sólo por su alto deseo de sinceridad sino también por su honrada y acuciosa investigación, es uno de los pocos que han recogido y estampado las debilidades y errores de sus biografiados y en sus relatos nos da la sensación que describe a un hombre y no a un ser mitológico. En su último y acabado estudio de la tragedia de Céspedes, cuyo primer acto es Bijagual y su sangriento desenlace, San Lorenzo, dice:

Hay que verlos y estudiarlos, como hombres de carne y hueso, saturados de pasiones y defectos, propios de la herencia y la educación...

De acuerdo con él, creemos que si aun no ha llegado la hora de "decir toda la verdad", deseamos con Juan Gualberto Gómez "que, por lo menos, todo lo que se diga sea verdad".

Desde luego, naturalmente existen y han existido gentes en cuyo testimonio se puede confiar de modo absoluto, pero son los menos.

La conferencia del doctor Hernández es motivo para el elogio fervoroso de Maceo, sin embargo no se ignora en ella ni se desconoce a Gómez; no así en la del doctor Cañizares, donde no aparece íntegra, o mejor, desaparece la figura de Gómez. De ella no vamos a hacer crítica, pero no podemos dejar pasar sin impugnación algunos de los errores, por lo menos, los de bulto, que en ella se consignan.

De la batalla de Las Guásimas, conocidísima de cubanos y españoles por haber sido la función de guerra más grande y de más resonancia en la que tomaron parte fuerzas cubanas y españolas en ambas guerras, se afirman inexactitudes.

Dice el doctor Cañizares, refiriéndose a la brillante carga dada por los cubanos a la caballería española en el inicio de la acción:

Representantes a la última Asamblea, me han dicho cuánta nobleza y cuánto desinterés se encierra bajo el uniforme de nuestro primer General. Y esto no es nuevo; hace mucho tiempo que los cubanos lo saben... (Del Archivo del doctor Pérez Landa.)

(1) Y también Portell-Villá.

Son perseguidos (los españoles) y macheteados sin piedad por la caballería nuestra al mando del Brigadier Henry Reeve, el Inglesito, quien al regresar de la carga recoge 150 caballos...

La carga del Carril, como se la llamó, fué ordenada y dirigida por Máximo Gómez (1) en persona, a la cabeza de los suyos, todos lo saben. Mal pudo El Inglesito mandar nada ni a nadie en Las Guásimas, pues se encontraba dado de baja en las filas mambisas, curándose grave herida de bala con fractura del muslo y no hizo su incorporación a Gómez sino en el mes de julio, es decir, cuatro meses después de la fecha de Las Guásimas. Igualmente es errónea la cifra de las bajas sufridas en ese combate por los cubanos, notablemente exagerada, casi duplicada en la conferencia del doctor Cañizares; consigna en ella 52 muertos, cuando el parte oficial cubano al Gobierno, asistente a la operación, sólo reseña 29. Tampoco es exacta su nota de los heridos, también exagerada.

La otra afirmación, no acertada, es aquella donde asevera de Las Guásimas:

Pueden considerarse triunfadores los jefes españoles porque aplazó para el año siguiente la invasión de las Villas.

Desde luego, los derrotados del Naranjo y de Las Guásimas para atenuar el efecto de aquel golpe fatal a las armas espa-

(1) De los muchos recuerdos publicados por oficiales mambises que asistieron a Las Guásimas y que exaltan el papel de Gómez, para refrescar la memoria de los olvidadizos, entresacamos el del muy conocido oficial mambí que con el pseudónimo de "Un Oriental" se publicó en 1886:

"Al enfrentarse con los nuestros se detuvieron de repente los jinetes (los españoles); entonces se lanzó sobre ellos el general Gómez con su Estado Mayor y nuestra caballería, que ocupaba uno de los flancos, lo que les obligó a volver grupas en busca de la protección del grueso de sus fuerzas, pero eran alcanzados por los nuestros y muertos a machete con tal celeridad que en un momento quedaron sobre el campo muchos de ellos... el resto fué perseguido hasta el medio de la finca donde acababa el enemigo de posesionarse de una represa hecha en el arroyo que atraviesa el potrero y en cuya represa

fiolas, "con fines disciplinarios de moral", propalaron esta especie. Frente a este juicio y sin comentarios, insertamos el de L. Barrios, Comandante del Ejército Español, Oficial de Estado Mayor, actor de la guerra de los 10 años en Camagüey, distinguido escritor militar; como no fué derrotado en esta acción está más libre que los vencidos allí para juzgar de su alcance y efectos sobre la campaña. Califica dicho Oficial, en su libro *Recuerdos de Campaña* y en la página 39, como "desastres a Palo Seco y Las Guásimas"; más adelante y refiriéndose a la tropa de Gómez: "masas combatientes y aguerridas y favorecido por hábil caudillo sostuvo las acciones más formales de la campaña, como fueron las de La Sacra, Palo Seco, Naranjo y Las Guásimas"; en la página 43: "Llegado Concha a Cuba, a raíz del desastre de Las Guásimas, *el mayor que sufrimos en toda la guerra...*" (a) Esta afirmación rotunda, frente a la del doctor Cañizares, es concluyente a pesar de todas las atenuaciones imaginadas, por venir de la boca de un tan competente Oficial de Estado Mayor español, como lo fué el Comandante L. Barrios.

Para terminar, señalamos otro rumor absurdo y referente a Mal Tiempo. (1) En la página 259 de la citada conferencia se estampa lo siguiente:

había una laguna cenagosa. En ésta quedó atascado un oficial español que fué muerto a machete a la vista de los suyos, sin que éstos pudieran socorrerle. Gómez y los que cargaron volvieron al fondo del potrero con los trofeos... los que más se distinguieron en los cinco días... en primer término el Mayor General Máximo Gómez, que manda como un general y carga como un soldado, Rafael Rodríguez, los Brigadieres José A. Maceo, José González, Gabriel González..."

(a) Subrayamos nosotros.

(1) "En Mal Tiempo, Gómez abrió un portillo de un solo tajo y renovó los laureles de Palo Seco", y más adelante: "Gómez nació para la guerra, para dirigirla, para mandar a los demás hombres, ya fueran soldados de fila, ya oficiales de mérito en valor personal o en conocimientos. La autoridad de Gómez se imponía a todos: siempre era el General, siempre el director, siempre el Jefe absoluto y dominante. No tenía más que un rival: Antonio Maceo."

Se dice también que el General en Jefe no consideraba conveniente continuar la marcha;

y añade el doctor:

Maceo fué de la decisión contraria a pesar de que Gómez quería suspenderla.

Cuando un escritor recoge una novísima y absurda versión sobre algún hecho pasado, y absurdo es imaginar a Gómez pusilánime, arrepentido de llevar a cabo la obra que planeó con Martí en Montecristi y con Maceo en sus comunicaciones, debe este escritor aducir testimonios autorizados, exhibir documentación y no el vago aserto de personajes desconocidos, anónimos, que se abrigan en el *se dice*, y sobre todo cuando ello se encuentra en contradicción con la verdad admitida hasta entonces; ridículo nos parece además presentar a Gómez y Maceo, *nunca separados* ni en las grandes ni en las pequeñas determinaciones, a esos dos grandes soldados, desmoralizar sus hombres haciendo público sus temores, si es que los tuvieron.

Por encima de todo eso, José Miró y Argenter, General mambí, Jefe de Estado Mayor de Maceo, su cronista, jamás supo de semejante propósito; de haber ocurrido positivamente él lo hubiera sabido y, desde luego, consignado en sus admirables *Crónicas*, monumento elevado a la gloria de Maceo: nosotros tuvimos el honor, durante veinte años, de tratar como médico a aquel generoso libertador y era tema diario en nuestras conversaciones "Maceo y la Invasión"; jamás le oímos decir nada semejante. El General Loynaz del Castillo, Jefe de Estado Mayor de Serafín Sánchez, caudillo éste de la otra columna invasora, la villareña, niega enfáticamente la existencia de semejante patraña, imaginada de seguro y recientemente por detractores de Gómez, los que colocan estas irresoluciones sin crédito, del Gómez que jamás titubeó, en distintas etapas de la Invasión. Además, eran tan secretos los acuerdos tomados en las conferencias de ambos que sus propios Jefes de Estado Mayor las ignoraban siempre. (Miró. *Crónicas*.)

No se puede tapar el cielo con un dedo. El papel de Gómez en la Invasión como General en Jefe está establecido con su

orden del 30 de junio del 95, en su correspondencia con Maceo, en su ardor impaciente por arrancar cuanto antes a éste de Oriente para “sorprender y no dar tiempo”, y en el curso de toda ella, con los irrecusables testimonios de su acción señalada por Miró y Loynaz, con sus cinco caballos muertos bajo él durante esa operación, con su herida, y con el efusivo abrazo que le dió Maceo en Catalina de Güines.

El General José Miró, conocido de todos en Cuba, cuya devoción por Maceo, su Jefe y amigo, rayaba en el delirio, al que erigió un monumento con su pluma; al que acompañó hasta su muerte y recogió sus más íntimos pensamientos, sus juicios sobre hombres y cosas de la Revolución; este Miró, *actor de toda la Invasión*, cuando después de la muerte de ambos y sedimentados sus juicios con la serenidad que les presta el Tiempo, juzga la parte que en ella tomaron los dos, ¿qué dice? Consigna: “fué la obra *única* de dos soldados ilustres, Gómez y Maceo, que *coincidieron* en el plan con perfecta identidad, tanto en el orden del tiempo como en la manera de ejecutarlo”. No pospone jamás en sus relatos Gómez a Maceo, lo que era natural, puesto que el primero era el Jefe.

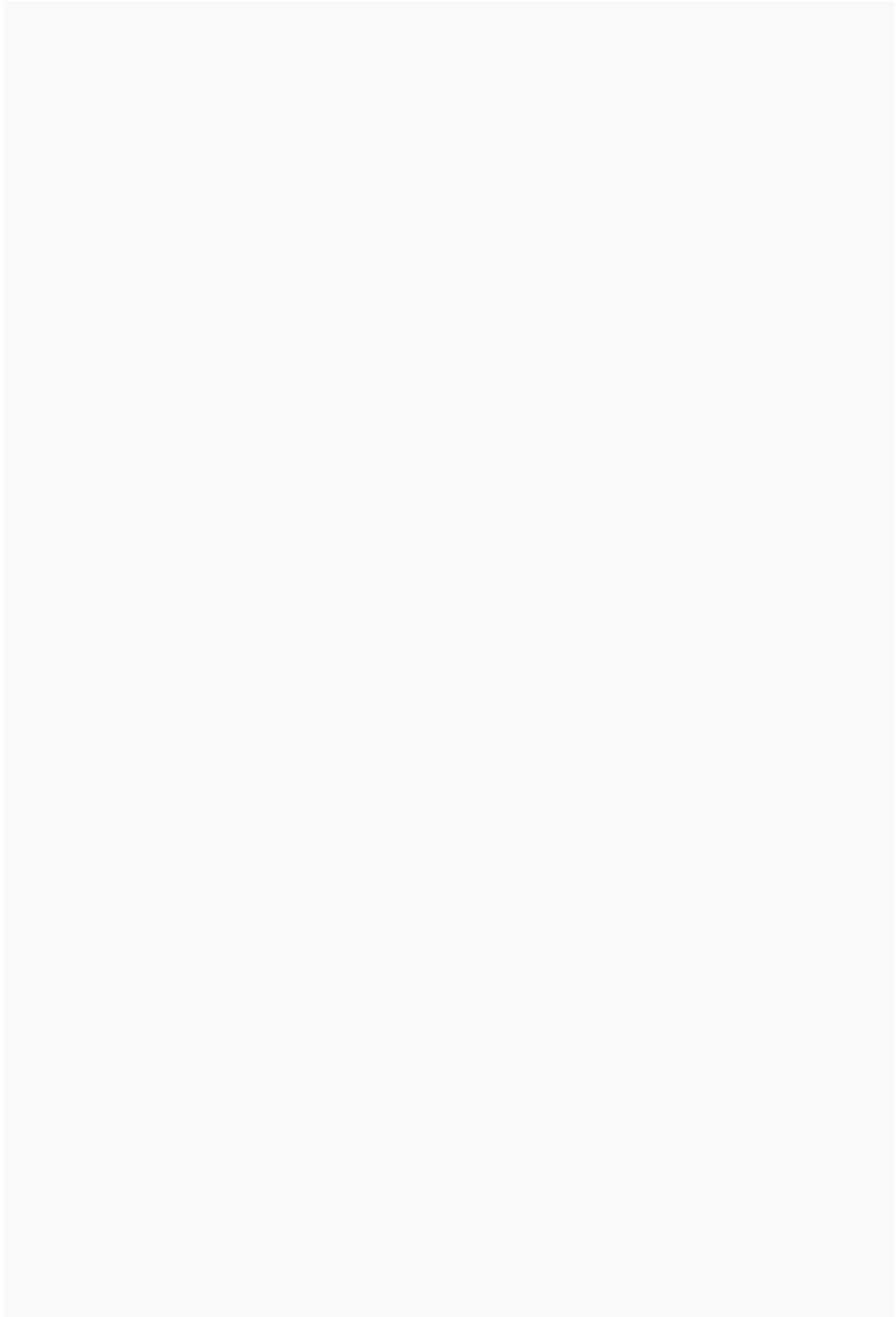
El General Enrique Collazo, nuestro mejor escritor militar después de Miró, asistente con Martí a la entrevista de Montecristi, en vísperas de Playitas, disgustado más tarde con Gómez y no su amigo, borrada ya esta enemistad por la tumba abierta del General y sus servicios a la causa de la libertad de Cuba, tal vez igualados pero no superados por nadie, dijo años después de la muerte de Gómez y al hablar acerca de éste: (1).

... Pero donde se reveló como militar fué en esta última guerra del 95. Es estudiando la gestión del General Gómez en el terreno de la guerra de Cuba, un modelo de audacia e inteligencia, de valor; porque sin que se ponga en duda, el mérito de la Invasión es exclusivo del General Gómez. En el General Gómez no había estudios, no los podía tener, era el Genio, era el instinto de la guerra, eran el corazón y el cerebro que acertaban en todo, era el rayo cuando tenía

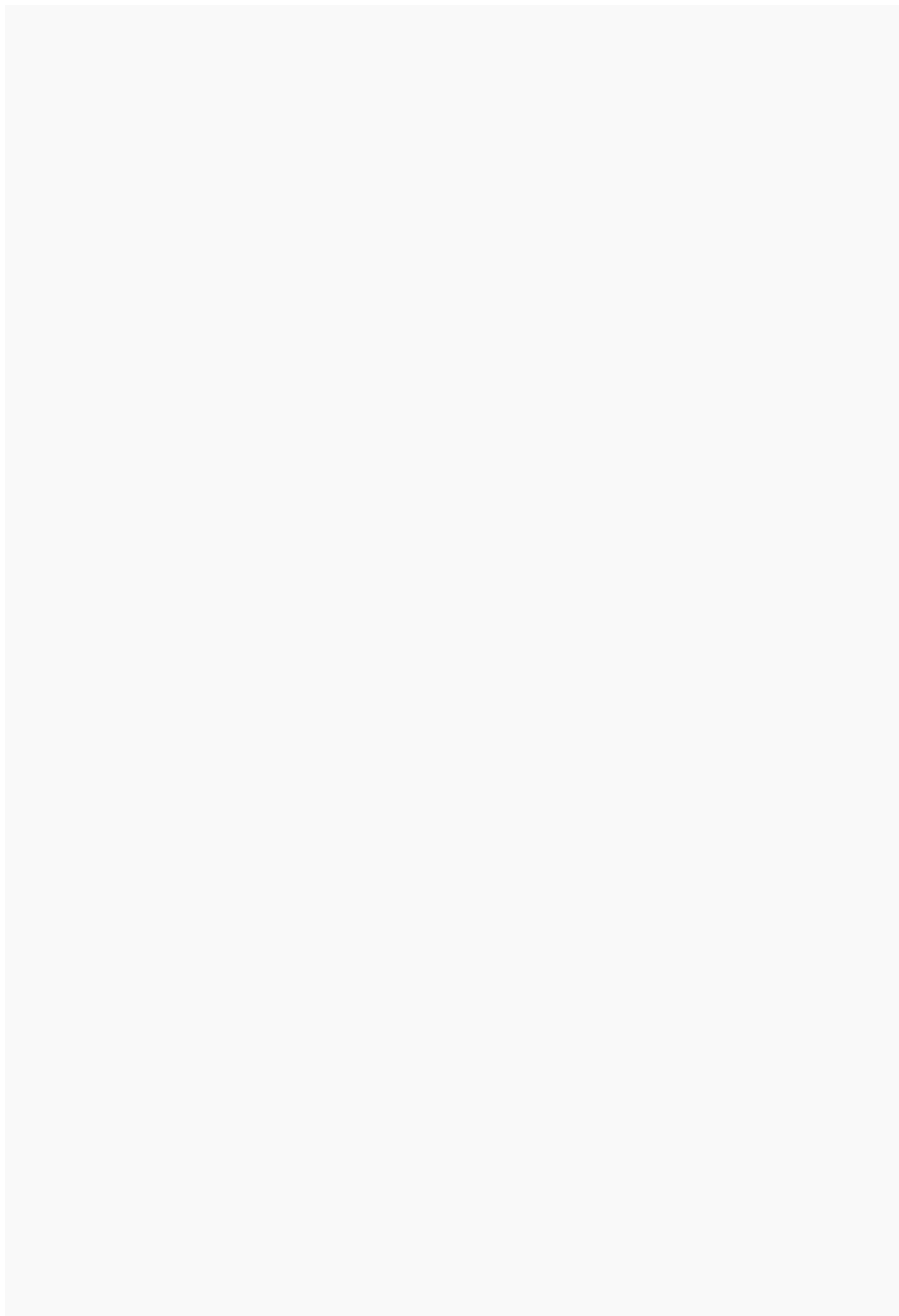
(1) Discurso en el Aniversario de la muerte de Gómez, en la Cámara de Representantes.

que partir, era rápido en sus movimientos, era incansable en la persecución, era hombre sin estómago, sin necesidades, la marcha no lo abatía, y a todo suplía para dar la victoria a Cuba y la obra que se propuso, la llegó a ver realizada, la Independencia de Cuba. Y le pagó a los cubanos su ingratitud y su olvido, diciéndoles: *Podéis morir tranquilos, pues ya la República de Cuba existe*. Este es el resumen de la vida militar más grande que ha tenido Cuba.

No se puede, pues, pasar la esponja, como se pretende, sobre el nombre de Gómez en la Invasión. Antes habría que hacer desaparecer el testimonio de estos dos hombres que hemos citado, y los de más autoridad para ello por los cargos que ocuparon; el uno, Jefe de Estado Mayor de Maceo, el otro, perteneciente al Estado Mayor de Calixto García y su admirador.

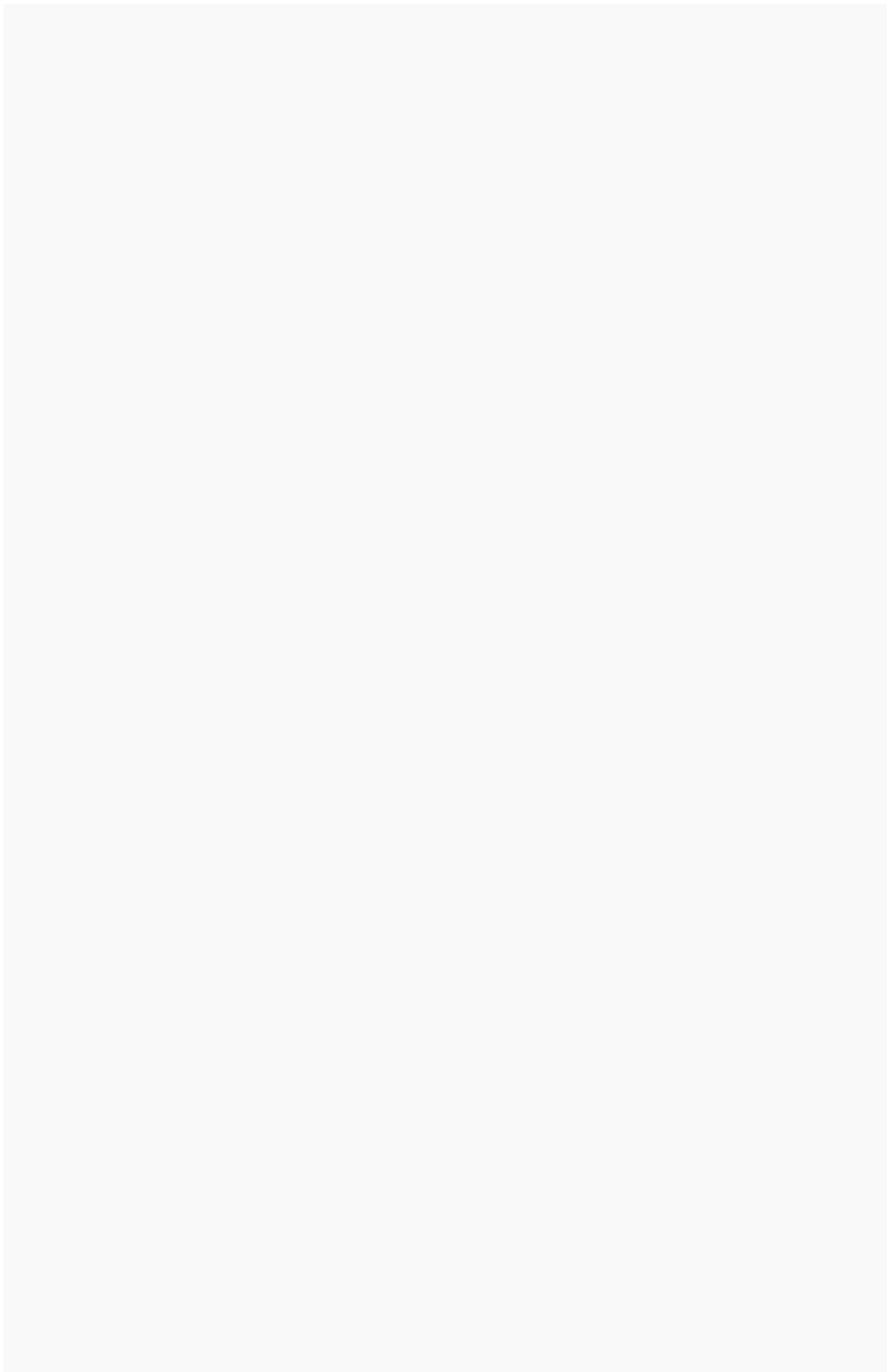


**MÁXIMO GÓMEZ
Y LA INVASIÓN DEL 75**





MAXIMO GOMEZ — 1867



MÁXIMO GÓMEZ Y LA INVASIÓN DEL 75

CONFERENCIA LEÍDA POR EL DR. BENIGNO SOUZA EN LA SOCIEDAD
HISPANO-CUBANA DE CULTURA EL DÍA 10 DE OCTUBRE DE 1930.

Señor Presidente;

Señoras y señores:



ARA conmemorar este 10 de octubre, tan olvidado por nosotros como lo es el 24 de febrero, he elegido como tema la invasión de las Villas por Máximo Gómez en el año 75, no con la presunción de decir nada nuevo para los Gerardo Castellanos y otros especialistas de los fastos de nuestras dos epopeyas, sino como trabajo de divulgación, ya que por muchos parece es desconocido aquel heroico y último esfuerzo de los cubanos en armas para vencer a España y que fué, de todas las operaciones de guerra, realizadas por ellos durante la década revolucionaria del 68, sin duda alguna la empresa militar más importante y audaz de todas las de esa época, tan fecunda, por otra parte, en gestos heroicos y en brillantes acciones, escuela donde se formaron y aprendieron su oficio de soldado Ignacio Agramonte, Antonio Maceo, Calixto García, y junto a ellos, la legión de diestros jefes y oficiales mambises que veinte años después hicieran tan rápida y fatal campaña para las armas españolas, dirigidos por ese mismo Máximo Gómez, sumo estratega de los cubanos en el 68 como lo fué en el 95.

Aplausos merece el doctor Fernando Ortiz, Presidente de esta Sociedad, por el recuerdo dedicado en este día a esos hombres, a los que parafraseando a Víctor Hugo, podemos lla-

mar gigantes del 68. Ellos lo merecen, porque en nuestro pequeño escenario y desconocidos, no ya del mundo, sino de sus propios paisanos, subieron serenos a los cadalsos, fueron fusilados por millares en la soledad de los bosques, murieron en los campos de batalla tratando de arrancar el hierro de la mano a su adversario (en los últimos seis años no reciben una sola expedición) sembraron de muertos, en horrendas y macabras travesías, los mares y presidios de Africa, sostuvieron una feroz guerra a muerte que duró ¡diez años! ante la indiferencia de todos, arrojaron a la hoguera de la revolución, no sólo sus vidas sino sus fortunas y haciendas, confiscadas y perdidas, y, al fin, extenuados, aniquilados y destruídos, capitularon después de esos largos diez años en que, como Robinson, vivieron en los bosques, perseguidos por 270.000 enemigos, de los que 100.000 eran cubanos, para recoger al “caer la cortina sobre el drama”, de sus indiferentes paisanos, que vivían cobijados por España, el dictado de traidores.

Nosotros, sus nietos, con tan poco parecido a ellos, debemos por lo menos realzar con orgullo lo que en aras del ideal y de la manumisión del esclavo sacrificó aquella generación gloriosa. Es necesario recordar a nuestros hijos que no siempre han sido los cubanos, feligreses del becerro de oro, tan ávidos del *auri sacra fames*, que hubo un Francisco Vicente Aguilera, un Miguel Aldama y otros muchos, nacidos millonarios, muertos en la miseria sin abjurar de sus sacrificios ni de su obra.

EN PLENA LLUVIA DE ORO

Camilo Polavieja, habitante de Cuba en el año 66, dice en un libro suyo:

me apena el recordar el estado de Cuba antes del Grito de Yara. He viajado bastante y no conocí país donde se viviera mejor, Colonia con más libertad práctica, región menos abrumada de impuestos, ni por tanto rebeldía más injusta.

Esto que dice el Procónsul español y en muchos de sus aspectos es exacto, prueba que para aquellos hombres remánticos, no todo en la vida eran esas riquezas, fabulosas entonces

en nuestra isla. El azúcar y el tabaco no tenían competidores en los mercados del Mundo; la arroba de azúcar valía en esa fecha catorce y quince reales fuertes en oro, casi eran dos pesos. La esclavitud del negro en su infame apogeo reducía el costo del material humano usado en el trabajo, al mínimo, ya que se pueden calcular los gastos de sustento y gratificación de un esclavo en no más de veinte centavos diarios. Una verdadera lluvia de oro caía sobre el país.

El año 67, en la Habana, con una población de 140.000 almas, actuaban dos compañías de ópera a la vez, una de ellas italiana, desde hacía seis meses, la otra francesa. Se encontraba entre nosotros la Ristori, ya antes habían estado Valero, una gran compañía de zarzuela española, los bufos cubanos, el Circo de Chiarini y Cúchares, el fenómeno taurino, completaba los espectáculos, índice de la vida desahogada que sostenían los habaneros de antaño. Dos periódicos satíricos, el *Moro Muza* y *Don Junípero*, eran vendidos por las calles al precio de treinta centavos oro el número y la Habana era el punto de escala, El Dorado para todos los jugadores profesionales del mundo. De ahí que fuera tan puro, tan ideal el sacrificio de aquellos hombres que inscribieron en su bandera la libertad del esclavo, base de todas esas riquezas.

Para las filas del pueblo, la idea separatista fué una novedad; no había llegado hasta ellas, patrimonio, como lo fué en Sur América cuando sobrevino la rebelión contra España, de las altas clases sociales; además, ¿cómo podían nuestros pobres campesinos y humildes negros desafiar el poder de España que de tan terrible modo reprimió la imaginaria conspiración de la *Escalera* y las intentonas de López? Sólo hombres de gran valor, de gran temple moral, como lo fueron aquellos varones, podían intentarlo.

SANTIAGO FRENTE A LA AMETRALLADORA

Esa tremenda lucha de diez años sostenida por unos cuantos hombres, bloqueados en estrecha isla, contra el inmenso poder de España y de sus paisanos, no lo podrá comprender jamás un anglosajón, tan indúctil para leer en la psicología de los demás

pueblos; sólo la raza de Don Quijote y Hernán Cortés puede explicar a esos hombres lanzándose en tropel, armados con sus conmovedores cañones de cuero y sus ingenuas lanzas de *yaya*, sobre la moderna artillería y los Peabodys de Valmaseda en Saladillo. Esa nuestra ardiente fe, propia de la raza, ¿no ha creado, frente a la ametralladora de los otros pueblos, como máquina de combate más eficiente, como el máximo artefacto de la guerra, a Santiago Apóstol? Máximo Gómez y Martí, en un botecillo y al frente sólo de cuatro hombres, ¿no desembarcan en Playitas para arrojar a España de Cuba?

El Grito de Yara tuvo como adversarios resueltos, no sólo a los españoles de la Isla, sino a muchos cubanos, sobre todo a los dueños de los esclavos, que en el triunfo de la Revolución veían de seguro con más indiferencia arriar la bandera española del Morro, que la ruina de su infame y productiva industria. Por ello defendieron la causa de la Metrópoli, con intensa energía y la guerra tomó a poco el cruel carácter que siempre han tenido las guerras civiles entre pueblos de nuestra estirpe. De ello son buena muestra las dos guerras Carlistas y la de Cuba de los diez años, con sus sangrientos y abominables episodios. Un gran cubano, Vice-Presidente de la República en armas, el General Domingo Méndez Capote, en su luminoso folleto sobre el Pacto del Zanjón, dijo:

es difícil concebir la nefanda influencia que tuvo la esclavitud en la sociedad cubana.

EL HEROISMO DE LA RAZA DE COLOR

Las nobles y generosas acciones al fin dan sus frutos. El artículo veinticuatro de la Constitución de Guáimaro que pareció un error a los políticos prácticos, siempre inmorales, aseguró nuestro triunfo en la última guerra. La raza de color, en gratitud colectiva y como un solo hombre pagó su deuda con la bandera de Yara corriendo a defenderla en el 95, y es de justicia reconocer que si el negro de Oriente se afilió a ella en pos de Maceo y Moncada, el de Occidente lo conquistó, lo nacionalizó cubano, un hombre superior, el Martí de esa raza

en Cuba, periodista, orador, publicista, conspirador y rebelde, que como el Maestro arrastró sus gloriosos grillos por casi todos los presidios de Africa y España, que durante un cuarto de siglo, con sus ardorosas prédicas alistó bajo la bandera tricolor a todos los negros de Occidente y tuvo arrestos para con sólo dieciséis hombres retar a España en los campos de Matanzas. Ese hombre, dichosa mezcla de las dos razas, por fortuna para Cuba, aun vive y todos sabéis que se llama Juan Gualberto Gómez.

DOS COMARCAS DISTINTAS

Se dividía Cuba entonces en dos comarcas, tan distintas ambas, Oriente y Occidente, que más parecían países extraños, sin ningún otro nexo casi, más que su comunicación por el mar. Territorios tan lejanos de la Habana, como Méjico y Santo Domingo. La riqueza del país, como ahora, la representaban principalmente el azúcar y el tabaco, patrimonio éste de Vuelta Abajo; la caña de azúcar se cultivaba de las Villas para acá. Un solo dato nos lo demuestra. En la estadística de azúcar de Carlos Rebello de 1860 muchos Ayuntamientos de Occidente, Cárdenas, Cienfuegos, Sagua, elaboraban, ellos solos, más azúcar que todo el Departamento Oriental con sus dos provincias; y el término municipal de Colón produjo ese mismo año justamente el doble de lo que elaboraron Santiago de Cuba y Camagüey juntos. Estas consideraciones son importantes para explicar la faciilidad con que la Metrópoli soportó esta larga contienda, apoyada en Occidente, fuente inagotable de recursos, no tocados apenas por la guerra, manantial de hombres inclusive. Movilizados, Bomberos, Milicias blancas y de color, sumaron casi siempre la mitad del ejército peninsular. Dice el citado Polavieja:

unidos a nuestra débil política, que ha abandonado al criollo que nos sirvió con lealtad... por guajiros (campesinos) en unión de tropas del Ejército, fué perseguido Narciso López y uno de aquéllos lo hizo prisionero y entregó. Comarcas enteras hubo el 68 que al Grito de Yara respondieron pidiendo armas y combatiendo por la patria española...

Hoy el campesino no es nuestro; los que combatieron por España ya no volverán a hacerlo. Los han hecho enemigos nuestros la enseñanza y la Prensa periódica unido todo a nuestra conducta con ellos.

Es éste un juicio fiel; el ideal separatista, como toda nueva noción, necesitó del tiempo para llegar hasta las masas y es natural que fueran éstas las últimas en ser conquistadas, porque ya lo dijo un gran orador español: "las ideas, como el sol, antes de visitar los humildes valles hieren la cumbre de las altas montañas".

El General Concha: "la actitud en el 68 y 69 del elemento del país y de los peninsulares fieles a España, contuvieron por de pronto la insurrección que amenazaba llegar al cabo de San Antonio".

El Coronel Camps y Feliú, valeroso soldado español, héroe de la Periquera que junto con Estévanez, Carrascón, Capdevila y otros, por fortuna para la raza, fueron el anverso de los Weyler y Valmaseda, en su generoso libro *Españoles e Insurrectos*, dice: "los cubanos que se rebelaron no tuvieron la honra de representar a su país; sólo contaron con platónicas simpatías".

Máximo Gómez:

no se tardó mucho en ver desfilar los heridos del batallón de San Quintín, tenidos en un encuentro con el General Maceo. Iban custodiados por hijos del país con uniformes de Voluntarios. ¡Cuántos pensamientos se agolparon en mi imaginación! ¡No pude menos de exclamar, volviéndome a mis compañeros: "¡Cuba no puede ser libre!"

Se puede decir, pues, y estos testimonios lo prueban, que España, quebrantada por sus trastornos internos, debió la conservación de la Isla a la resuelta defensa de su causa hecha por estos intereses, amenazados por la rebelión, y a los recursos en hombres y dinero que de Occidente sin cesar extraía; a ellos también se une la inexperiencia militar de los nuevos alzados que, con tiempo de sobra para extender la guerra a toda la Isla permanecieron sin moverse apenas de los sitios donde se rebelaron.

Bayamo estuvo ocupado por Céspedes cuatro meses, sin que los españoles, signo de su debilidad, se atrevieran a atacarlo ni durante todo este tiempo se practicara operación militar importante por los cubanos; pero el hecho más elocuente y que delata la falta de audacia de los bisoños rebeldes y su desconocimiento de la guerra se dió en la comarca de Guantánamo. Esta, a pesar de su vecindad con el término de Santiago, donde abundaban los alzados, permaneció ajena al movimiento durante dos largos años, sin que ninguno de sus jefes tuviera atrevimiento bastante para mantenerse en ella y fué preciso que a la muerte de Donato Mármol ocupara ese puesto Máximo Gómez para llevar a cabo su aterradora invasión a Guantánamo, y fué esa en lo adelante una de las regiones donde más poderosa se mantuvo la rebelión.

PENSANDO EN LA INVASION

La guerra se hizo crónica, y como todos los males crónicos terminan porque los organismos que los sufren, acostumbrados a ellos, los toleran, La Isla, cuyas riquezas permanecían intactas, ya que fueran Las Villas rápidamente pacificadas, permaneció tranquila y de cuando en cuando alguna noticia daba cuenta que allá, muy lejos, en Camagüey y Santiago, persistía la rebelión; pero seguros con la Trocha, línea militar que aislaba las comarcas infectadas, explotaban los hacendados sus ingenios en la espera paciente de ver al fin los insurrectos, poco a poco exterminados, concluir por desaparecer.

Pacificadas las Villas y refugiadas en éxodo sangriento sus fuerzas en Camagüey, deseaban todos volver a ocupar esta rica región y según el mismo Máximo Gómez, fué en el año 71 cuando Carlos Manuel de Céspedes, en memorable entrevista con él, le dijo:

un millón de combatientes en Oriente no bastarán para volver a la revolución sus días de esplendor y es preciso que invadamos Las Villas. Desde entonces nació en mi ánimo la idea de la invasión... Conseguí muchos adictos, la mayor parte jefes aguerridos, entre ellos, al Coronel Antonio Maceo.

Todo el mundo sabe la serie de vicisitudes por las que atravesó la revolución hasta el año 73, en que pudieron ser viables estos proyectos por la importancia militar adquirida por la rebelión.

Dice un General español, actor de la contienda: “el año 73, la moral de la insurrección se creció notablemente con la organización y fuerza de sus partidas, cuyo mayor número reconcentró y puso bajo su inmediata dirección el entendido y hábil General insurrecto Máximo Gómez”.

No hay que recordar las dificultades que el localismo, las rivalidades e intrigas pusieron para su realización. Los refuerzos ofrecidos se redujeron a trescientos hombres, si bien a su frente vino el hombre a quien Máximo Gómez designó, Maceo, quien, solo, valía por una división, lo cierto es que el resto quedó allá y aun este mismo contingente, que debía estar en Camagüey el primero de diciembre, no llegó sino en febrero. La batalla de las Guásimas tuvo lugar a mediados de marzo, es decir, ya muy adelantada la estación de la seca, y estos refuerzos, reclamados por Calixto García, se volvieron para Oriente. Sin embargo, retuvo Gómez a Maceo, a quien puso al frente de las fuerzas de Las Villas, pero éstas, minadas por los Clubs, por los absurdos derechos políticos concedidos a los soldados, se negaron a continuar a las órdenes de Maceo, así como a las de Gabriel González, y preciso fué darles el Jefe que ellos quisieron. Como veremos, estos acontecimientos dieron sus frutos fatales más adelante.

GOMEZ QUIERE SORPRENDER

Llegada la estación de la seca, no quiso Gómez aguardar más. Presumía el tardo auxilio que podía esperar del Gobierno, que como casi todos los que se sucedieron en nuestras revoluciones, fueron, según la exacta expresión de Gerardo Castellanos, “inútiles adornos”. Quería, además, evitar su divulgación para adelantarse a Concha y ocultó su propósito a todos; quería tomar la iniciativa de las operaciones, asumir la ofensiva para contrarrestar, como lo hizo, la próxima campaña del Capitán

General español en Camagüey, porque, como dijo él mismo, “al que espera, le dan...” Estos motivos militares los señala Roa en su libro inédito “Montado y Calzado”. Y el mismo Gómez dice en su folleto “El Convenio del Zanjón”: “Tan pronto se hubiera transmitido al Gobierno se traslucía, perdiendo yo la ventaja de la sorpresa, único recurso que teníamos para luchar contra un enemigo superior en número, más diestro en el arte de la guerra y abundante en recursos.”

En su carta a Estrada Palma: “La invasión de Las Villas la determiné por mi cuenta y riesgo para asegurar el éxito con el secreto y la sorpresa”, y sabemos todos el valor que a esta última dió siempre este soldado, genial en todas sus empresas, conocedor más que nadie de la psicología de la guerra.

Extendiendo una ojeada sobre el campo español, vemos que toda la preocupación de sus jefes, con el aplauso de los caciques de la Colonia, era mantener intacta la barrera de la Trocha e impedir se infiltrara la revolución de nuevo en Las Villas, amenaza para las pingües zafras de esas comarcas.

Es de señalar que el ejército español colonial, de entonces, brillante, era un ejército, como dicen los franceses, del oficio; perfectamente aclimatado, con grandes núcleos cubanos auxiliares y adiestrados sus hombres por seis años de constante lucha, entre ellos se habían formado y destacaban jefes de gran valor y capacidad militar, como lo fueron Armiñán, Esponda, Camps y Feliú, Báscones, Marín, Valera y otros, ejército sin discusión muy superior a la muchedumbre de reclutas de Weyler. Sin embargo, en los años 73 y 74 la campaña de Gómez en el Camagüey se hizo tan amenazadora, y fueron tantos y tales los fracasos de las columnas españoles, que el Gobierno de la Metrópoli, casi exhausto entonces, decidió como *ultima ratio*, enviar al Capitán General José Gutiérrez de la Concha, Marqués de la Habana. Este, junto a su gran reputación militar, reunía fama como colonial, por sus dos felices mandos en Cuba, por la rápida terminación que tuvo en sus manos la intentona de López y autor de atinadas memorias y publicaciones sobre problemas cubanos.

LLEGADA DEL GRAL. CONCHA

Desembarcó Concha en la Habana el día 7 de abril y comprendió en seguida la necesidad de vigorizar su Ejército con la inyección de elementos criollos en mayor número y, sobre todo, como ningún otro General español, estimó el valor que como soldado tiene en los trópicos el hombre de color, de ahí su empeño en reclutar tropas negras y milicias blancas para sostener infranqueable la Trocha y mantener limpia de partidas la provincia de Las Villas. Para ello ordenó operaciones activas en el Camagüey sobre Gómez, pero como él mismo dijo, “cuando los insurrectos pueden presentar fuerzas aguerridas de tres o cuatro mil hombres” (jamás pasaron de mil quinientos) y de ochocientos a mil caballos, acostumbrados a lanzarse sobre nuestras tropas machete en mano, era preciso para combatirlos, no una, sino diferentes columnas de dos a tres mil hombres por lo menos”. De las Guásimas dice el mismo General:

de esta importante acción en que ocho batallones y más de ochocientos caballos con cuatro piezas de artillería se vieron obligados a retirarse, a pesar de que nuestras fuerzas se portaron con notable valor, conducidas por los brigadieres Armiñán y Báscones, tuve noticia a mi paso por Puerto Rico.

A Naranjo y, sobre todo, las Guásimas, muchos observadores cubanos y españoles los consideran como responsables del retardo de la invasión, sin embargo, son hechos, a nuestro juicio, que fueron, al contrario, los que la hicieron posible en el 75, Después de las Guásimas dice Concha: “a mi llegada a la Habana, el 7 de abril, aquellas dos Brigadas continuaban reparándose en Puerto Príncipe, a pesar de que Máximo Gómez se había adelantado hasta a más de tres leguas de la Caridad de Arteaga, sin que los nuestros intentasen atacarlo”.

Esta situación, de absoluta falta de operaciones sobre Gómez, cubierto por el terrible recuerdo de las Guásimas, fué la que permitió a éste, sin municiones apenas, realizar su peligrosa operación con toda seguridad.

UN INTENTO CONTRA GOMEZ

El único intento para buscar contacto con él culminó en uno de los mayores desastres de la campaña; salieron en su busca las columnas de Báscones, Armiñán y Cubas, el día 1º de julio del 74, y dice un actor, el Coronel Camps y Feliú, que el día 12 del mismo mes, sin haber encontrado sino piquetes y avanzadas de Gómez, tuvieron que retornar al Príncipe con más de seiscientos enfermos, a los que hubo que traer en camillas, tarea que ocupó a casi toda una Brigada y habiendo enterrado durante la marcha más de ochenta muertos; todo esto, sin haber disparado un solo tiro al enemigo, patente ejemplo de lo que eran para las tropas peninsulares las operaciones en la fuerza de las aguas. Se dijo que las tropas fueron atacadas del cólera, pero este aserto, falso, ha sido desmentido por el Coronel Camps. Concha dispuso entonces guarnecieran la línea de Júcaro a Morón y los puestos y poblaciones de la zona de Las Villas, cuatro batallones de tropa de línea, uno de milicias de Colón y más de diez mil hombres de guerrillas montadas, Movilizados, Bomberos y Guardia Civil de infantería y caballería.

Con tales fuerzas aguardó tranquilo a su enemigo y su confianza ganó a la opinión española. *La Voz de Cuba*, en artículo de mayo 24, dice: “los insurrectos se baten bien. No hay duda que Máximo Gómez es hombre que sabe mandar, pero su sueño dorado, que es invadir Las Villas, la Trocha infranqueable se lo impedirá”. La misma Prensa extranjera recogía estas noticias y el corresponsal de la Prensa Asociada en la Habana informaba en 5 de enero a sus periódicos, justamente veinticuatro horas antes de romper Gómez la Trocha: “no hay cambio en los asuntos militares. El número de tropas útiles es suficiente para impedir que los insurrectos emprendan ningún movimiento de consideración en las Cinco Villas”.

LA PROCLAMACION DE ALFONSO XII

El día 1º de enero se efectúa en la Habana la proclamación de Alfonso XII con salvas, iluminaciones, calles empavesadas, gran parada y fiestas populares. Hasta los pueblos de la Trocha celebran con alborozo el nuevo año, que en breve tiempo iba a cambiar sus alegres repiques en dobles de muerte y luto, con la terrible y devastadora guerra que a esas ricas comarcas llevó el audaz Máximo Gómez, el cual no consideró prudente aguardar más, y con cerca de mil hombres de los Regimientos de Infantería Potrerillo, Sigüanea y Atollaosa, mandados por el Teniente Coronel Cecilio González, de la raza negra, y los de caballería Agramonte, Camagüey, Narciso y guerrillas montadas, mandadas por Máximo Gómez, llevando como segundo a Julio Sanguily y Jefes como Rafael Rodríguez, Enrique Mola, José González Guerra, Gabriel González, Manuel Suárez, Luis Morejón, Serafín Sánchez, se preparó para su empresa.

EL 6 DE ENERO DEL 75

PRIMERA Y UNICA HERIDA DE GOMEZ

Por fin, en aquella dramática madrugada del 6 de enero de 1875, la hueste mambisa, sus esperanzas puestas en el soldado insigne, que hasta entonces unciera la fortuna a todas sus empresas, cruza el inexpugnable cinturón de fuertes que desde hacía cinco años encerraba a los cubanos rebeldes en las campañas de Camagüey y Oriente, desoladas por seis años de guerra. Al atravesar la línea, bajo el fuego de los fuertes Catorce y Medio y Quince, Sur, por donde se hizo el cruce, tan cerca por cierto que la columna mambisa se deslizó entre el fuerte y la caseta que le servía de letrina, casi acaba Gómez bajo la bala de un miliciano negro de los que guarneceían el fuerte; fatal augurio para los expedicionarios, porque fué ésta la primera y única herida que en la guerra de los diez años recibiera el milagroso caudillo. Por una fracción de milímetro más que hubiera inclinado al disparar el cañón de su Remington, el desconocido miliciano cubano hubiera, con su disparo, prestado uno de los más grandes servicios, no sólo en el presente, sino

también en el porvenir, a la causa española en Cuba. He aquí cómo refiere Fernando Figueredo el suceso:

Amanecía ya el 6 de enero, cuando Máximo Gómez realiza su ilusión salvando bajo el fuego de dos fortines la célebre Trocha; pero en los momentos en que el General se ponía del otro lado, en territorio de Las Villas, cuando radiante, contemplaba su obra llevada a cabo, cuando irguiéndose sobre su gran caballo *Cinco*, tan valiente como él, iba a dar un grito de ¡Viva Cuba! una bala le atraviesa la garganta y le corta la palabra. El movimiento instintivo que hizo fuera de sí, llevando ambas manos a la garganta, le obligó, inconscientemente, a clavar las espuelas al bruto, que dando saltos pugnaba por echar a tierra al héroe.

Una vez más se puso de relieve el temperamento de gran soldado del caudillo herido, que en ese momento no atiende más que a sus hombres, a quienes lo sucedido desmoraliza y a los que estimula del modo heroico que refiere un actor, Ramón Roa:

Así enronquecido, echando sangre a borbotones por la boca, imperativo, manda a su corneta de órdenes tocar ¡Marcha a la bandera! y desde ese instante el territorio de Las Villas se encontró bajo los cascos de su caballo, que soterraron en el polvo del fracaso los planes del General Concha.

En la noche de ese mismo día 6 de enero, se encontraba el Marqués de la Habana presidiendo un gran banquete; aun se sucedían en nuestra ciudad las fiestas de la proclamación de Alfonso XII. El Capitán General, rodeado de toda la nobleza colonial, de los grandes personajes oficiales, civiles y militares, recibió la noticia telegráfica de este acontecimiento y según versión de un militar español “lo comunicó al General Riquelme, su jefe de Estado Mayor, con la misma indiferencia que si se tratase de un suceso insignificante”. No presumió que aquel escueto parte militar era el inicio de una serie de inesperados fracasos que producirían al cabo de unos días su ruidosa destitución. El parte oficial del Jefe de la Trocha, decía textualmente: “El enemigo en número de mil hombres, entre infantería y caballería, ha forzado la línea principal entre los fuertes Catorce y Medio y Quince. Se ignora el cabecilla que los manda. —Coronel Goicoechea.”

MARCHAS Y CONTRAMARCHAS

TOMA DE EL JIBARO

Desaparecido el peligro de su herida y mejorado Gómez, empieza a ejecutar su meditado plan, cuya fase inicial era procurarse municiones de las que carecía, y aturdir a su enemigo asestándole golpes tales que llenaran de terror las guarniciones de los fuertes y poblados que cubrían aquella zona y facilitarían la marcha de sus Tenientes a las Villas Occidentales. Con su habitual pericia realiza una serie de marchas y contramarchas, se dispersa y se concentra, ya unido a las fuerzas de *Pancho Carrillo* y *Jiménez*, que lo esperaban en esos lugares, para preparar su operación fundamental, apoderarse de *El Jíbaro*. Para los que conozcan la maravillosa campaña de Gómez, a las puertas de La Habana en enero y febrero del 95, no es nada nuevo esta de Sancti-Spíritus, y para Gómez, fué verdaderamente un juego de niños desorientar a sus contrarios, engañarlos, lanzarlos sobre falsas pistas, empeñarlos en perseguir veinte o treinta jinetes, dirigir sus columnas a opuestos rumbos para caer entonces como el rayo sobre el campamento fortificado de *El Jíbaro*, donde por sus confidencias sabía que fuertemente custodiado se guardaba el parque de las tropas de esa zona. Divide sus fuerzas en dos columnas, y mientras envía con la infantería al hombre en quien puso su confianza para ello, el Teniente Coronel *Cecilio González*, con orden de aproximarse a *El Jíbaro*, él describe con la caballería una serie de movimientos y engaña a su paisano *Valera* y a *Esponda*, que le seguían los pasos. Cae en la madrugada del 18 sobre *El Jíbaro*, al que guarnecen doscientos cincuenta hombres... , pero insertemos aquí su parte oficial al Secretario de la Guerra: “Escogí los potreros de la finca *San Marcos*, Norte de la jurisdicción de Sancti-Spíritus, para atraer allí al enemigo, lo que conseguí.” Era ésta la columna de *Esponda*, quien telegrafía a *Concha*, tiene a *Máximo Gómez* a su vista y que el Brigadier *Valera*, avisado por él, concurrirá a la espléndida victoria. Estaban ya sobre Gómez las columnas de *Zea*, *Esponda*, *Goicoechea* y *Valera*, y dice el Brigadier *Acosta* y *Albear*: “las seguridades de triunfo de *Zea*

eran tan evidentes que en otro telegrama ruega a Concha le diga qué quiere que haga después del combate, si perseguir a los rebeldes más allá de la Trocha o concluir de una vez con todos los bandoleros de Las Villas. Lo primero es más brillante, lo segundo es más seguro. El Capitán General ordena a Zea que nuestros soldados ataquen al grito de "Viva España y Don Alfonso" y que espera una victoria para celebrar la proclamación del Rey". El periódico *Diario de la Marina* se lamenta el día 15, que no se pueda demorar el vapor correo unas pocas horas en su salida para que lleve los detalles de la completa destrucción de Gómez, pues ya se sabía era éste el cabecilla expedicionario a quien suponía Concha rodeado en San Marcos por las columnas de Esponda, Valera, Cubas, Zea, Baile y Arias, que como un enjambre habían acudido sobre él; pronto fueron disipadas estas ilusiones por las alarmantes noticias que unas a otras se sucedían con extraordinaria rapidez. Continúa Máximo Gómez:

el enemigo se presentó al siguiente día de haber ocupado esta posición; me favoreció la circunstancia de que se aproximó a mi campamento a la caída de la tarde y la noche le impidió avanzar, mientras yo pude disponer que un jefe valiente y entendido, Luis Morejón, lo hostilizara toda la noche con una pequeña fuerza de caballería. Dividí nuestra columna en dos, una de infantería, que por caminos extrañados dirigí al Sur, zona del Jíbaro, y otra de caballería con la que tomé el rumbo de la población de Sancti-Spíritus, y así obligué al enemigo a descuidar la marcha de nuestra infantería. Este primer movimiento lo desconcertó, e hizo imposible fijar plan alguno, emprendiendo una lenta persecución. Dí orden al General Julio Sanguily de marchar sobre el Jíbaro a las dos de la madrugada del 18 de Enero. El Teniente Coronel Cecilio González, con la infantería, debía asaltar y tomar las trincheras apoyado por Julio Sanguily; el baluarte principal, que era la iglesia, se rindió tras tenaz resistencia, después de tener sus defensores quince muertos y muchos heridos. Después de rendida la iglesia, el fuerte de en frente fué tomado por Sanguily y Enrique Mola, los que entraron a caballo dentro, rindiéndolos. Se distinguieron, además de éstos, el Teniente Coronel Cecilio González por su valor y disposiciones, el Comandante Serafín Sánchez, Manuel León y José R. Estrada. El primero en asaltar las trincheras fué el Capitán William Humphrey. Nos apoderamos de 253 remingtons, más de cuarenta mil tiros, ciento diez caballos, dinero, efectos y me-

dicinas. Se nos pasaron ciento sesenta guerrilleros y cuarenta paisanos: tuvimos tres muertos y siete heridos, entre ellos al Capitán José A. Legon. La población fué totalmente reducida a cenizas.

He aquí lo que sobre esa operación, prólogo brillante de esta campaña, dice R. Roa en carta fechada en el mismo Jíbaro el 24 de enero del 76:

El 18 me separé de las fuerzas para venir al Jíbaro justamente al año cabal de su toma y destrucción. La República se jugó allí el albur de la vida. Era necesario hacerse de municiones a costa de sangre. Se arrancó un laurel a la victoria y provistas las cananas se aseguró la Invasión. El Jíbaro para mí significa mucho, si no la salvación del país, al menos la salvación de una época.

UN TORBELLINO DE OPERACIONES

Después del Jíbaro divide Gómez sus fuerzas y ordena a sus Tenientes invadir las zonas de Trinidad, Remedios, Sagua, Cienfuegos y San Clara, y para facilitar su marcha, desencadena como un torbellino la serie de rapidísimas operaciones, todas sobre la línea y de tan extrema violencia que permiten a González Guerra marchar durante diez días a invadir y ocupar la zona de Cienfuegos sin encontrar obstáculo alguno, ya que todas las columnas españolas se arremolinaban en la línea sobre Máximo Gómez. Las operaciones de éste, fueron realizadas unas por él en persona y otras por su Teniente Cecilio González; de ellas, para mejor dar una idea y como testimonio irrecusable, copiaré algunas páginas del Brigadier español Acosta y Albear, que para su crítica de esta campaña, a más de la autoridad que le presta su cargo en el ejército español, su conocimiento de la guerra y de los lugares, ya que durante seis años mandó el batallón "El Orden", de triste recuerdo, tuvo además a mano todos los telegramas y partes del Archivo de la Capitanía General no publicados. Gómez pasó la Trocha el 6, y hasta el 11, por su herida, no inició sus operaciones de enero.

Dice el citado Acosta:

Día 11.—Incendio del Ingenio Cucharas y de Casa Castillo, en Sancti-Spíritus.

Día 11.—Toma y destrucción del pueblo y fuerte de Naranjo, de cuya guarnición aparecen sólo cuatro hombres.

Día 11.—Ataque al destacamento del Estero, donde nos hacen ocho prisioneros.

Día 11.—Ataque a las fuerzas que defendían el paso del Zaza, (1) que fué forzado. Tuvimos once muertos de arma blanca, entre ellos un Capitán, y muchos heridos.

Día 16.—Incendio de los almacenes de Sagua la Chica.

Día 17.—Ataque y rendición de Ranchuelo.

Día 18.—Ataque, incendio y destrucción del Jíbaro, el pueblo más importante de la jurisdicción después de la capital, y que fué reducido a cenizas, lo mismo que las muchas tiendas y almacenes que contaba, por ser punto de bastante comercio.

Toda la guarnición fué prisionera y cien guerrilleros se pasaron al enemigo con armas y caballos, perdimos doscientos diez y seis armamentos de precisión, cuarenta mil cápsulas y muchos efectos de guerra.

Día 20.—Ataque, incendio y toma del fuerte Río Grande y prisionera toda su guarnición. (Completamos esta nota del General español con los datos del parte oficial de Gómez, que también mandó la operación. "Se ocuparon diez mil tiros. Se nos pasaron veinte y dos guerrilleros, cuarenta soldados de línea y se devolvieron los restantes prisioneros. Unos sesenta.")

Día 20.—Destrucción de los Bateyes de los ingenios "Serafina", "San Gil" y "San Isidro".

Día 26.—Ataque e incendio de Marroquín. (El jefe cubano, que fué Cecilio González, consigna se le unen ciento veinte y ocho personas.)

EL COMBATE DE CABAIGUAN

Día 26.—El enemigo ataca en Cabaiguán a la columna del Coronel Fortún, compuesta del batallón de Barcelona, Zaragoza, artillería y regimiento de caballería de Camajuaní, que envuelto y cercado por completo tuvo que abrirse paso... Tuvimos muerto al Coronel Ponce de León, de machete, gravemente herido al Comandante Mozoviejo, catorce muertos más y muchos heridos. Se retiró el enemigo, y cuando curábamos los heridos y enterrábamos los muertos llegó la columna del Coronel Cubas.

De este combate, que fué con Máximo Gómez, y conocida la versión española, damos la de Gómez, tal vez el soldado más

(1) El vado de Cataño, llamado después "El paso de los Muertos".

modesto y exacto en sus partes oficiales, entre todos los que ha habido, cubanos y españoles.

Define el gran pensador militar Ardant du Picq al General: "Un Jefe debe unir la bravura resuelta y la impetuosidad a la prudencia y la sangre fría y esto es difícil." Gómez, por un dichoso equilibrio de sus facultades, armonizaba en el más alto grado esas cualidades y analizando cualquiera de sus combates no se sabe qué admirar más en ellos, si su violencia y audacia en el ataque o el dominio y la sangre fría con que los dirige y termina. De ello es ejemplo este encuentro de Cabaiguán. Dice Gómez en su parte oficial:

Al salir de Cabaiguán por el Quemadero encontré una columna enemiga como de mil hombres que venía en mi misma dirección. Por la densa neblina que había no pudo ser vista por los nuestros hasta no estar sobre ella, pero tan pronto fué reconocida, se le cargó impetuosamente por nuestra vanguardia al mando del Coronel Gabriel González, arrollando su caballería que venía delante y haciéndoles muertos al machete y llegando hasta los cañones... Me adelanté con el resto de la columna para examinar el terreno...

Nuestros jinetes hacían fuego sobre los infantes enemigos que se agrupaban en desorden; repuestos éstos, su infantería ocupó una cerca, lo que me obligó a retirarme, haciéndome entonces varios disparos de cañón. Nuestras bajas, el alférez Luis Recio, muerto; heridos el teniente coronel Ochoa, capitán Palomina y tres de tropa.

Del análisis de los detalles de este combate en que mutuamente se sorprendieron ambas tropas, resalta la superioridad de la famosa caballería de Camagüey sobre los guerrilleros de Camajuaní, que no en vano dijo Jiménez Castellanos en sus *Estudios militares* y textualmente: "La caballería ligera del enemigo es capaz de competir con la mejor que haya." También resalta su reacción ofensiva ante la sorpresa, rara actitud en estos casos de toda tropa y frecuente en los cubanos cuando los mandaron esos grandes jefes que se llamaron Agramonte, Gómez o Maceo. Cualquiera otro, que no Gómez, en el ímpetu del ataque, con el éxito iniciado por la huída de Camajuaní, que es perseguido y acuchillado, ataca a la infantería española en posesión de la cerca de piedra y el brillante encuentro se hubiera trocado en descalabro. Más que el ímpetu de la tropa de Gómez

hay que admirar la sangre fría de éste, ordenando la retirada, y se impone confesar, señores, que Gómez cabía de lleno dentro de la definición del Coronel francés. Acosta y Albear:

El General Concha en vista de los desastres acaecidos en el ataque por los insurrectos a fuertes y poblados reconviene al General Zea y ordena que todos los de vanguardia y retaguardia de la Trocha se abandonen para evitar sucesos como los de Naranjo, Jíbaro y Río Grande, orden que extiende a las Villas. Telegrafía a Marín, Comandante de Oriente, el grave peligro que ofrece la guerra en las Villas para que se desprenda de tropas y vuelve a telegrafiar a Zea dando gran importancia a la campaña, pero asegurando que no pelagra la dominación española.

El Ministro de la Guerra, Jovellar, cablegrafía al general Concha:

No es nada lisonjetro el estado de las Villas, puesto que por lo que V. S. dice, el enemigo ha reducido a cenizas los pueblos fortificados del Jíbaro, Ranchuelo, Naranjo, Río Grande y Marroquín, sin que las fuerzas enviadas en su persecución lo hayan podido alcanzar.

Aquí termina el mes de enero. Y en esos veinticuatro días, de los que estuvo inactivo por su herida una semana Gómez, lo que hizo su prodigiosa actividad nos lo va a decir el Jefe español tantas veces citado:

En veinte y cuatro días, Gómez había reducido a cenizas con rarísima excepción, el territorio de Sancti-Spíritus; se había paseado en todas direcciones, quemó pueblos, ingenios y caseríos, no fué alcanzado ni batido en ningún encuentro, porque el de Cabaiguán fué una emboscada en la que cayeron nuestras tropas. Había tomado fuertes como el Jíbaro, Río Grande, Naranjo y otros. Había hecho prisioneras sus guarniciones. Se le habían pasado guerrillas de más de cien hombres y había recogido armas y municiones sin sufrir un solo revés.

SOBRE LAS VILLAS OCCIDENTALES

“No teniendo ya nada que hacer en Sancti-Spíritus, porque todo lo había hecho, resolvió Gómez la invasión de las Villas Occidentales.” Esto, señores, no lo dice ningún mambí; lo dice un General español que tomó parte en la campaña. Prosigue éste:

Febrero 1º.—El cabecilla José González penetra en la jurisdicción de Cienfuegos. Sale en busca de González la guerrilla de Arimao y en poco tiempo se encuentra con el enemigo que la pone en completa dispersión, dejando doce muertos en el campo.

Febrero 1º.—Incendio del poblado de Jicotea.

Febrero 2.—Comandante de Villaclara, Brigadier Baile, forma una columna de cerca de cuatrocientos hombres, entre artilleros, guerrilla y milicianos de Cárdenas y de Güines. El Jefe de las fuerzas, Teniente Coronel Prado, sale en busca del enemigo, al que encuentra mandado por José González, en número de trescientos caballos y a los que casi sorprendió, pues estaban dando agua al ganado. No obstante, tras corto tiroteo, se puso en fuga nuestra caballería y fueron macheteados y horriblemente mutilados doscientos artilleros. A este desastre siguió:

Febrero 3.—Toma e incendio del poblado de Ranchuelo e Ingenio de San Andrés.

Ataque e incendio total del poblado de San Juan de los Yeras e ingenios Progreso, Fortuna, Caridad y otros que no nombra.

Febrero 4.—Ataque e incendio del poblado de Jatibonico.

Febrero 5.—Ataque e incendio de las Chambas. La guarnición encerrada en el fuerte rechazó al enemigo, pero no pudo impedir que la población fuera incendiada. El Brigadier Valera, que llegó en su auxilio, pudo alcanzar al enemigo y sostuvo con él ligero tiroteo. El enemigo, según el primer parte dejó siete muertos; se han ido exagerando sus bajas hasta llegar al fabuloso guarismo de ciento cincuenta.

Comento yo ahora: dice un tratadista militar francés: “Es curioso leer los hechos de armas contados por los vencedores (o *soi disants*) y los vencidos. No puede uno tener idea de que la verdad pueda estar de un lado y otro desfigurada con más aplomo, sin hablar de la política de la guerra, que disfraza los hechos con fines disciplinarios de moral.” Esto explica, entre otros motivos, los legendarios partes españoles de “por nuestra parte sin novedad”. Nada más comprobatorio que el parte de Chambas, urdido seguramente para que hiciera su efecto en la Habana y Madrid. El parte oficial de Cecilio González, que fué el que atacó el poblado, a Máximo Gómez, a quien no podía ocultar nada ni de seguro tendría interés en disminuir la impor-

tancia del encuentro, dice "se rindió uno de los fuertes y se incendió casi todo el poblado. Tuve tres muertos y seis heridos y a las nueve de la mañana toqué retirada. Como a un cuarto de legua de la población, me dió alcance una columna enemiga, picándome ligeramente la retaguardia. Impedí sus movimientos colocando pequeños grupos en el rastro. No tuve bajas en estos ligeros tiroteos." He aquí a lo que se reducen los ciento cincuenta muertos de Valera y Concha: a ligeros tiroteos. En el periódico "La América Libre" y en el mes de marzo de 1874, aparece una curiosa lista de las muertes repetidamente sufridas por varios cabecillas. Aparece Calixto García muerto seis veces; C. M. de Céspedes quince, y Máximo Gómez ¡cuarenta y tres!

LA MANIGUA COMO UN ARBOL

El desconocimiento de las cosas de Cuba era tal en la Metrópoli, que un General español, con fama de culto y versado en asuntos de Cuba, Manuel Salamanca, propuso en el año 76, como mejor medio para terminar la guerra, talar la manigua, y decía: "como la Manigua es un árbol de tal diámetro y tal altura, etc., etc."... Creía el fogoso crítico de Martínez Campos que la manigua era un árbol, algo así como el Alcornoque o el Roble. Después de esta digresión, sigamos con Acosta y Albear:

Febrero 6.—Ataque e incendio del poblado de Ojo de Agua.

Febrero 7.—Telegrafía el Gobernador de Cienfuegos que ha sido reducido a cenizas el poblado de Arimao y que igual suerte han corrido los Ingenios Negrito y Galdós.

Febrero 7.—Incendio de los Ingenios San José, Rubí, Ramona, Santa Lucía y Panchita y ese mismo día 7 sale el Capitán General para Villa Clara, distante doce horas de la Habana y revista al Regimiento Chapelgorris, de Guamutas, de los que muchos, seis días después, caerían bajo el filo de los machetes de José González. Orden al Brigadier Salcedo para que envíe dos batallones y dos escuadrones del Príncipe y que incendie y abandone la trocha de San Miguel del Este. Comunica al General Marín la gravedad de las Villas y le pide varios de sus batallones. Contesta Marín por telégrafo que de-

signe la parte del territorio que quiere abandone al enemigo por no ser posible defenderlo todo, si envía los refuerzos.

Febrero 10.—Comandante Militar de Sagua la Grande anuncia que arden los Ingenios Constancia, Dos Hermanos y Vila.

Febrero 11.—Santa Rosa, Pelayo, Yaguas, Santa María y San Joaquín de Pedroso.

Febrero 13.—Chapelgorris, de Guamutas, y movillados de Lajas, al mando del Coronel Claudio Herrero salen en dirección a Pedroso, donde hace dos días acampa José González. Después de ligero tiroteo se dispersan nuestras fuerzas, que dejan en el campo cuarenta muertos (cincuenta y siete dice González) y retiran varios heridos.

(Añadimos nosotros que este combate, cerca de Matanzas, tuvo gran resonancia por la triste celebridad que estos voluntarios y su Jefe tuvieron, en unión de la feroz Guerrilla de la Muerte de Pancho Durante, cuando reprimieron el movimiento de Jagüey Grande en en el año 69.)

Febrero 14.—Caen los Ingenios Santa Catalina, San José, Angelita, Aurelia, Guaimarito, Rosario y Buenavista, todos en Cienfuegos.

Febrero 15.—Incendio del poblado de Lomas Grandes.

Febrero 16.—El enemigo se apodera del fuerte de Guaos en Cienfuegos, rinde a la guarnición, da fuego al poblado y a los Ingenios Martina y Andreíta en Villaclara.

Febrero 17.—Ingenios Suraguá y Bonachea.

Febrero 18.—Según telegrama de Sagua arden por completo San José de Torices y Sacramento de Mora.

Febrero 19.—Comandante Militar de Cienfuegos telegrafía que arden Quesada, San Antón y Soledad.

Febrero 20.—Comandante Militar de Santa Clara participa incendio del Ingenio Pastora, y al tomar el tren para la Habana el General Concha, en la misma Estación recibe el parte de que el destacamento de las Eras entregó sus armas al enemigo sin combatir y que puesto en libertad se ha presentado en Cienfuegos.

Febrero 21.—Encuentro del Coronel Bonilla con José González. Nosotros tuvimos veinte heridos y muchos contusos. (Señalemos nosotros que entre las cinco o seis bajas que tuvieron los cubanos fué herido ligeramente el valeroso José González Guerra, falleciendo el 26 de tétanos.)

Febrero 22.—Encuentro del batallón de Baza. Tuvimos cuatro muertos y seis heridos. Todo esto ocurría en las Villas Occidentales,

que en las Orientales habían sucedido la dispersión de los Dragones de Arroyo Blanco el 22 de Febrero. Dispersión del destacamento de artilleros del fuerte Isleño y en el mismo día en que destituido embarcaba para la Península el General Concha, recibe un parte de Zea, el que le comunica se ha rendido el fuerte de Marroquín y están sitiados por el enemigo los de Chambas, Guadalupe y Jatibonico.

He aquí relatado por el Brigadier español y con los partes existentes en la Capitanía General y desde luego no exactos, lo que fueron esos cuarenta y seis días de operaciones de Gómez en su invasión a las Villas. Hemos usado esta fuente, aunque incompleta, ya que se omiten en ella muchos hechos que aparecen en el Boletín de la Guerra mambí, porque, tratando mi conferencia de vulgarizar entre los cubanos que la desconocen o desdeñan, la operación militar de más vuelo y más brillante que se realizó en la guerra del 68, el testimonio de un militar español pone fuera de toda duda o discusión los resultados que tuvo. La verdad es que con mil hombres, tropa de Gómez, no se puede hacer más contra 22 batallones que operaban en Las Villas. El efecto que esta fulminante campaña, coronada por el éxito, en las pacíficas Villas hizo en la opinión española y en los integristas de la Colonia, lo traducen, a pesar de la censura, los periódicos de esa fecha. *Diario de la Marina* en su tan citado artículo del 5 de febrero del 75:

la falange incendiaria de Máximo Gómez está llamando a nuestras puertas con el pomo de sus machetes y está alumbrando nuestros campos con las llamas que levantan sus teas.

En febrero 16.—En los días transcurridos los machetes siguen derramando sangre de nuestros hermanos y la tea destruye fincas y poblados. La defensa de la Patria está hoy en las Villas Occidentales.

El mismo periódico propone en febrero 20 a la Junta Revolucionaria de New York, “que Máximo Gómez, el más diestro y arrojado de los cabecillas rebeldes con tres o cuatro mil hombres de los suyos se bata con igual número de españoles, etc. etc.”

En la prensa extranjera, el *Sun* de mayo 6:

mientras las autoridades de Cuba, y los órganos esclavistas han estado engañando al mundo y durante siete años haciendo aparecer la insurrección cubana débil e impotente, los patriotas cruzan la inex-

pugnable Trocha, invaden el santuario de los esclavistas, derrotan una tras otra las columnas españolas, las arrollan y avanzan con rápida marcha aplicando la tea a todos sus Ingenios.

Con este mes de febrero y con la caída de Concha, termina la invasión de Las Villas, cuya organización revolucionaria fué tan sólida que la guerra ocupó en ella el primer plano hasta el Zanjón.

EL MANDO DE VALMASEDA

Así, pues, como Martínez Campos en el 95 cayó también Concha derribado por Máximo Gómez; lo sustituye Valmaseda, nuevo Weyler que también fracasa en sus empeños. Recibe Valmaseda el mando en 8 de mayo y para apreciar si fué o no ligera incursión como se ha dicho, la invasión del 75, señalamos que en la misma semana de su desembarco el oro que había bajado a doscientos once, subió a 235, con la noticia del incendio y destrucción en esa semana de doce Ingenios en Sagua y veinte y ocho en Cienfuegos, según parte oficial de Valmaseda al Ministro de Ultramar, al que dice en 14 de mayo, ocho días después de su desembarco:

Puede decirse que en el Departamento Central sólo existe bajo el dominio de España la ciudad de Puerto Príncipe, que se halla sitiada por los enemigos, no muriendo de hambre sus habitantes por el F. C. de Nuevitas. En Oriente la extracción que allí se ha hecho de muchos batallones para volar en auxilio de Las Villas ha hecho comenzar los desastres y derrotas para nuestras columnas. Pero en su gravedad, el departamento de las Cinco Villas se coloca el primero, etc., etc."

Al Rey Don Alfonso un día después: "No dudé un instante en venir a salvar a Cuba, cuando es una cenefa roja el horizonte de sus campos... Sólo la mitad de su territorio productivo, mientras la otra mitad es un inmenso panteón de leales y rebeldes, pero todos súbditos de Su Majestad."

LA CAMPAÑA DE GOMEZ CONTRA LOS INGENIOS

Esta campaña contra los ingenios que de tan terrible modo llevó a cabo Gómez en su invasión, obedecía a varios motivos. Uno de ellos, que todos los ingenios constituyeran baluartes del integrismo, fortificados, guarnecidos de guerrillas que de su propio peculio sostenían los hacendados. Cada ingenio tenía en esa fecha treinta, cuarenta o más hombres de guarnición que ganaban quince pesos al mes y la comida. Algunos hubo como el de las Cañas, de Don Juan Poey, que en abril del 75 contaba cien hombres de guarnición. En carta a D. V. Tejera en el año 76, le dice Gómez: "Combatimos aquí, contra un ejército que lo componen dos clases, el soldado de línea que se bate y el voluntario hacendado que le da el pan. Tendremos para uno, balas y machete, para el otro, tizón." Los hacendados afrontaban también los recursos en dinero que podían y el primero de diciembre del año 75, aparecen en la Gaceta las siguientes cantidades con que contribuían los ricos hacendados a cubrir el Empréstito que hizo la Metrópoli para continuar la guerra:

José Baró	\$500.000.00
Julián Zulueta	500.000.00
Moré, Ajuria y Co.	300.000.00
Francisco Rosell	200.000.00
Manuel Calvo	200.000.00
Francisco F. Ibáñez.....	150.000.00
Samá	100.000.00
Ramón Herrera	100.000.00
J. Melgares	50.000.00

Y en cantidades de \$25.000.00 Juan Toraya, Marqués de Sandoval, Conde de Cañongo, Juan Poey, Juan Conill, Emeterio Zorrilla, etc., hasta cuatro millones y medio de pesos, reunidos en cuatro días.

UNA FRASE DEL GENERALISIMO

Aunque sea una digresión queremos aquí referir una frase del General Gómez. Cuando la Intervención militar, en su tertulia del Calabazar, mi padre, que lo visitaba, viejo administra-

dor de Ingenios, los celebraba por lo que habían contribuido a la riqueza y cultura de Cuba. Máximo Gómez con su habitual tono autoritario le interrumpió: “¿Qué dice usted? El azúcar ha sido y será el mayor enemigo de la Independencia de Cuba! ¡Dios quiera que los Ingenios no sean la desgracia de Cuba!” Esta amenazadora sentencia que pareció a todos dictada por el rencor que en la guerra les tuvo el Generalísimo, hoy parece, por desgracia, cumplida profecía.

INFORME FINAL DE CAMPAÑA

También en ese mismo mes de mayo fecha Máximo Gómez su informe de final de campaña al Gobierno cubano.

Con los elementos de guerra arrebatados en el Jíbaro, Río Grande y otros Fuertes, a pesar de la persecución del enemigo, cuyas columnas acampaban en mi rastro y sobre las cenizas de sus pueblos y trincheras, con estos elementos, cambió por completo la actitud del Ejército Libertador, nutridas sus filas por la incorporación de la columna de retaguardia de la Línea. Como resultado de la marcha progresiva de nuestra campaña fuerzas en operaciones invadieron en poco tiempo las comarcas limítrofes. La organización del Gobierno Civil, bastante adelantada; y nuestras fuerzas quedan operando en las puertas de Occidente, habiendo llevado a cabo ligeras incursiones a esas comarcas. Vencida ya la campaña de invierno me ocupo en preparar el plan que se debe ejecutar y como resultado de esta se han incorporado a las filas del Ejército Libertador mil cuatrocientos hombres, dados de alta en las mismas; se han ocupado mil ciento doce fusiles Remington, ciento cuarenta mil tiros, mil trescientas monturas y dos mil doscientos caballos; se han incendiado ochenta y tres ingenios.

A los resultados morales de la invasión de Gómez y a los materiales que consigna en su parte oficial, hay que añadir que trasladó toda la importancia de la guerra a Las Villas, comarca que estaba pacificada. La estadística del Boletín de la Guerra publicada en el periódico *La Verdad* consigna muertos en campaña durante el año 76:

En Camagüey	14
En Oriente	24
En Las Villas.....	180

Heridos:

Camagüey	33
Oriente	115
Las Villas	440

Y sólo desde diciembre del 75 a mayo del 76, 112 nuevos Ingenios y 25 caseríos habían sido arrasados y las tropas españolas habían tenido 107 encuentros con los mambises de Máximo Gómez.

JUICIOS MILITARES

¿Cuál fué el juicio militar que tuvieron los expertos contemporáneos sobre esta campaña? Enrique Collazo, militar mambí, el más conceptuado para ello por su educación técnica, dice:

El paso de la Trocha que iniciaba la invasión del territorio pacificado de las Villas, es el movimiento militar de más importancia realizado por las fuerzas cubanas y se necesitaba toda la audacia del General Gómez para emprender operación de tanta importancia con sus cananás casi vacías para hacer frente a los veinte y cuatro batallones españoles, etc., etc....

La toma del Jíbaro, que aseguró la invasión, demuestra el talento militar que los mandaba.

El General español Acosta y Albear:

para nadie es un misterio que la invasión de las Villas fué una inmensa desgracia y que la campaña que siguió a este suceso ha sido la más funesta de cuantas se han sucedido desde el grito rebelde que lanzaron en Yara los enemigos de la Patria.

EL CORTEJO DE MALES

Hora es ya de reseñar la serie de innobles sucesos que detuvieron esta marcha triunfal.

En estos momentos y mientras espera Gómez los refuerzos de Oriente, ya que gravitaba sobre él todo el peso de las armas españolas, en el mes anterior, a fines de abril habían ocurrido los acontecimientos de las Lagunas de Varona y al cortejo de males

que a su ejemplo desmoralizador surgieron entre esos hombres que llevaban ya luchando siete años, tiene Gómez, urgentemente llamado por su Gobierno, con este motivo, que abandonar Las Villas y marchar hasta las Tunas. De vuelta a su destino, amargado por tanto egoísmo, decepcionado por la estúpida inconsciencia de jefes de relativo valer, que no tienen de la guerra otra noción que la del estrecho horizonte de su villorrio, presenta en agosto la renuncia de su cargo. Su patriotismo y las exhortaciones del Gobierno le hacen continuar en sus funciones. Incansable, forma nuevos planes, y en el año 76, con el contingente oriental que al fin llega con casi un año de retraso, después de las ruidosas operaciones del asalto a Villaclara, Ciego de Avila y Morón, del brillante combate de caballería del Cafetal González, piensa invadir a Matanzas llevando Jefes como Calvar, Mariano Torres, Rius Rivera y otros orientales, junto a la brillante pléyade camagüeyana. Apotrera mil caballos en Sancti-Spíritus para ellos y se prepara a tomar la ofensiva en la próxima seca, dando instrucciones a Cecilio González, que en la extrema vanguardia, caído el heroico Reeve, se mantenía en Matanzas. Las fuerzas de Las Villas, a las que alentó el fermento de las Lagunas de Varona, ya conocido de ellos, como antes se habían negado a obedecer a Antonio Maceo, declaran ahora que no sirven a las órdenes de Jefes como Julio Sanguily, Gabriel González, Rafael Rodríguez, Enrique Mola, Manuel Suárez y otros, que como muy bien dijo Gómez, eran insustituibles y tienen éstos que abandonar las tropas de su mando para marchar entristecidos a Camagüey; ya triunfantes los conjurados, a todo se atreven y exigen el 10 de octubre que también resigne el mando Gómez y lo entregue al General Roloff. El desorden llegó a su apogeo con la marcha de Gómez para Camagüey; su caballería, que cuidadosamente mantenía en los potreros, desaparece en unos días; las fuerzas se dispersan y desertan a su antojo; los Orientales, disgustados con esta repugnante anarquía, retornan a su provincia, y en fin, aquello es el caos. Dice Collazo:

El motín militar de las Villas inicia el último período y el primer síntoma de la muerte de la revolución. El remedio del Gobierno agra-

vó el mal. Sustituir al General Máximo Gómez era, no difícil sino imposible, pues no había entre nosotros quien uniera a las condiciones de mando, conocimiento de la guerra e inteligencia militar, el prestigio adquirido a costa de tantas victorias conseguidas sobre el enemigo.

Así, en conclusión, Gómez no sólo invadió Las Villas, que estaban en paz, sino que encendió en ella la rebelión, de modo tal, que a pesar de lo expuesto, allí alentó poderosa la revolución hasta el Zanjón y si hubiera existido, como en la última guerra, la unidad de mando, cosa indiscutida desde que dijo Napoleón: “Vale más un General malo, que dos buenos”, y si se hubiera reforzado a Gómez, como pensaba, ya que España entera se trasladó a Las Villas, y si hubiera tenido a mano esos elementos que faltaron en la hora de la crisis, nadie es capaz de saber lo que aquel hombre, de quien dijo Calixto García (Lino Dou) “no se puede imaginar todo el partido que saca el General Gómez de una sola pareja”; nadie, como digo, puede presumir lo que hubiera sido capaz de hacer, aun cuando no hubiera llegado al triunfo, porque como dijo Ardant du Picq, refiriéndose a Zama, “el genio siempre tiene por límites lo imposible”, y era imposible liberar a Cuba, no sólo por el formidable ejército español y porque con él estaba la mayoría de los cubanos, sino también porque los propios insurgentes colaboraban con inconsciencia fatal a esa obra, con sus intrigas y divisiones. Del estado de la guerra al abandonar Gómez a Las Villas dice Jiménez Castellanos, exacto observador de la campaña, en sus *Estudios militares*:

en Las Villas desde Octubre del 76, si bien habían en ellas numerosas fuerzas insurrectas, estaban desorganizadas, con Jefes de poco o ningún prestigio, sin unidad de acción entre ellas y en completa disidencia con su gobierno... Una serie de insubordinaciones dieron por resultado que estos Jefes, que eran de lo mejor que tenía la insurrección, tuvieran que dejar el mando y volver a Camagüey.

Se ve, pues, que estaba muy bien informado de todo lo que sucedía, el alto mando español.

EL MAXIMO GOMEZ DE 1875

Del Máximo Gómez de aquella época, en la plenitud de su edad, y al que no conocimos, se conservan retratos, uno de ellos publicado en el *Correo de Ultramar* en el año 78, ofrece un puro y orgulloso perfil de ave de rapiña, propio de los grandes soldados; y de los muchos contemporáneos que lo han hecho, damos aquí la descripción de un cubano, testigo de sus hazañas: F. Figueredo, y el de un español, su adversario: Eugenio A. Flores, Ayudante de Martínez Campos. Dice Figueredo:

Máximo Gómez es alto, delgado, trigüeño con cabellos y bigotes muy negros, sus ojos negros también, son vivos y penetrantes; brilló a la altura de Céspedes y Agramonte y casi no hay un hecho glorioso en la guerra de los diez años al que no esté unido su nombre.

Eugenio A. Flores, que lo conoció cuando el Zanjón:

Máximo Gómez, sabido es que vió la luz primera en Santo Domingo. Ansioso de gloria para imperar, audaz y valiente, que no es hora de regatearle esta condición, representa de cuarenta y seis a cuarenta y siete años. Viste de paisano, traje de casimir muy usado, polainas negras, y no lleva insignia alguna y sólo en la chapa del cinturón de su machete se ven gravadas las armas de la titulada República. Su tipo es muy militar, de buena estatutura, delgado, algo calvo, usa perilla y bigote con algunas canas. Su carácter es franco y como buen español, aunque reniegue de serlo, discute con calor.

Las altas dotes militares que puso de relieve Gómez en su estupenda campaña, lo hicieron figurar desde entonces entre los grandes soldados de la milicia de Hispano-América. Por derecho propio se codea Gómez con los más altos, porque sólo el genio, con tan escasos medios, frente a la tropa española, de la cual dijo él mismo “¿y cuándo no han sido valientes los españoles?”, hubiera podido alcanzar éxitos tan ruidosos, en que su habilidad y su inagotable inventiva, siempre encontraron recursos para burlar a su poderoso enemigo, tomar la ofensiva como norma y prodigar a diario los hechos heroicos como cosa corriente, durante los trece años que combatió contra España en Cuba.

Gómez, con la más amplia visión en ambas guerras, tuvo siempre en todos sus planes, delante de sí, la campaña y no el

combate, al que siempre consideró un episodio y hay que insistir en este atributo de los grandes Capitanes, que abarcan no sólo lo que tienen delante sino todo el horizonte, cualidad rara entre los jefes cubanos.

José Miró dice de él:

Su porte y su fisonomía descubren en él la prosapia del conquistador audaz y temerario... Su talento y sus maneras nos dicen que sus antecesores pertenecieron a los tercios castellanos de Extremadura y Huelva... Gómez nació para la guerra, para dirigirla, y para mandar a los demás hombres, ya fueran soldados de fila, ya oficiales de mérito. La autoridad de Gómez se imponía a todos; siempre era el General, el Director, el jefe absoluto y dominante. No tuvo más que un rival: Antonio Maceo.

Fué, pues, Máximo Gómez, militar famoso, caudillo ilustre en todos los órdenes de la noble profesión de las armas, inteligente, osado, sagaz, emprendedor, temible; pero también hombre moral, íntegro, demócrata, sincero y amante de los menesterosos.

Un agudo observador que estuvo a su lado, hombre culto y de gran inteligencia, escribió de él:

Audacia sería en los contemporáneos formar juicio completo sobre el General Máximo Gómez. Pero es obligación de los que de cerca le tratamos emitir nuestra impresión sobre él, para que en el futuro los cubanos, si no es que estamos llamados a desaparecer como Nación, puedan juzgar al hombre insigne que inspiró más respeto que cariño y más miedo que respeto. La natural brusquedad de su carácter, que él de intento exageraba para llegar mejor a sus fines, era áspera corteza, en la que se estrellaban los entusiasmos nacidos al contemplarlo de lejos. Quien calificara al General Gómez como hombre de talento erraría el adjetivo; su poderosa inteligencia podría, con justicia, calificarse de genial; por eso en la guerra tuvo éxito en el plan estratégico, producto de su admirable intuición, de las necesidades de la campaña e hija de su experiencia de la guerra de los Diez Años... Creíamos todos los que acompañamos al General en Jefe en su paso por la Trocha en Diciembre del 96 que empezábamos la segunda invasión... Los de Oriente habían visto alejarse aquel impetuoso caudillo que pudiendo hacer batirse a los otros, se lanzaba, nuevo Quijote, a dar el pecho a las balas en perennes combates y días sin pan ni reposo, cuando tanta gloria o mayor podía alcanzar en estas benévolas y cómodas comarcas, en las que se peleaba eligiendo el

momento y el terreno, con seguras retiradas, con bien ordenados Hospitales.

Traspasado de dolor por la muerte heroica de su hijo, adusto por temperamento y por su modo de entender los deberes de General en Jefe, apenas salía de la exigua tienda en que encerraba sus actividades en aquellos días. Me atreví en una ocasión en que lo noté comunicativo a mostrar mi extrañeza por la inacción en que estábamos en los potreros de Sancti-Spíritus y me quedé atónito cuando le oí declarar que nada estaba más lejos de su ánimo que seguir a Occidente, ni abandonar aquel territorio, y su explicación me pareció un desatino: "si voy para la Habana, se acaba la guerra en Occidente y le doy gusto a Weyler; aquellas comarcas están casi agonizando y al ir yo, pocos recursos puedo llevarles en comparación con los que van a disponer los españoles para perseguirme; en cambio, si me quedo aquí obligo a Weyler a venir a buscarme, y como tiene mucha gente en Trochas y líneas militares que torpemente sostiene y no se atreve a abandonar, tendrá que sacar soldados de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Sagua para perseguirme; de este modo nuestras fuerzas, de esos territorios se reharán y tendrán respiro, habiéndolas yo ayudado a ello sin buscar golpes de efectos inútiles..." No me atreví a discutirle lo que me pareció absurdo...

Máximo Gómez, con intuición admirable había adivinado el porvenir y antes de un mes teníamos a cuarenta mil españoles operando en fortísimas columnas, haciendo combinaciones pueriles para batir al General que durante más de un año se burló a mansalva de sus enemigos y llegó con sus fuerzas casi intactas hasta el final de la campaña.

Esto dice el General Freyre de Andrade; sin embargo, bajo esa áspera corteza que señala Freyre, en el fondo de su carácter hosco y huraño, oculto por la férrea armadura del soldado, latió uno de los corazones más humanos y sentimentales. ¿No se detiene conmovido ante la última y moribunda mirada que su compañero de batallas, su caballo favorito, su fiel *Cinco*, acribillado a balazos, le dirige antes de morir? Cuando en mitológica hazaña, pisa el primero, junto con otro poeta, la tierra de Cuba en el 95, ¿no se arrodilla con ternura y la besa con amor,

DOS LAGRIMAS

Su devoción por la idea, por el símbolo, es patente en los místicos cuidados que guarda con su bandera del 68, la de Palo Seco y Las Villas precisamente. Quise ver yo aquella reliquia

que custodia, es la palabra, su hijo Bernardo, y pude con intensa emoción contemplar aquel pedazo de tela que tantas cosas decía, hecha jirones por el tiempo y por las balas, maculada de sangre cubana seguramente; la que flameó en Palo Seco y las Guásimas, la que arrebató Enrique Mola a su abanderado en la carga del Cafetal González. Allí conocí su historia. Cuando resignó Gómez el mando del Tercer Cuerpo, recoge su bandera y envuelta en un saco la lleva consigo al abandonar a Cuba, seguro de no volver a pisar nunca más sus playas; la última noche que pasa en tierra, por azar ella le sirve de almohada.

Muchos años después ordenando su archivo situado en el desván de su humilde casa, suben sus hijos y sorprenden al viejo de acero inclinado y absorto ante un trapo ennegrecido y deshecho, ante una vieja bandera que se extiende por delante de él; cuando al ruido que hicieron levantó el caudillo la cabeza, vieron que por aquellas duras facciones, modelo de energía, corrían dos lágrimas que trataba de ocultar. ¡¡Cuántas cosas de su pasado heroico evocó su vista al viejo soldado para enterrecerlo así!! ¡Cuántos panoramas de triunfo y de gloria revivieron sus destañidos colores en aquel hombre, autor de extraordinarias hazañas! Ese pedazo de trapo, en su miseria presente, le recordaba que hubo otro tiempo en que entre el humo y el estrépito de la batalla, poderoso y erguido, al frente de miles de hombres, desafió a los soldados de España durante diez años.

LOS COMPAÑEROS DE LA EPOPEYA

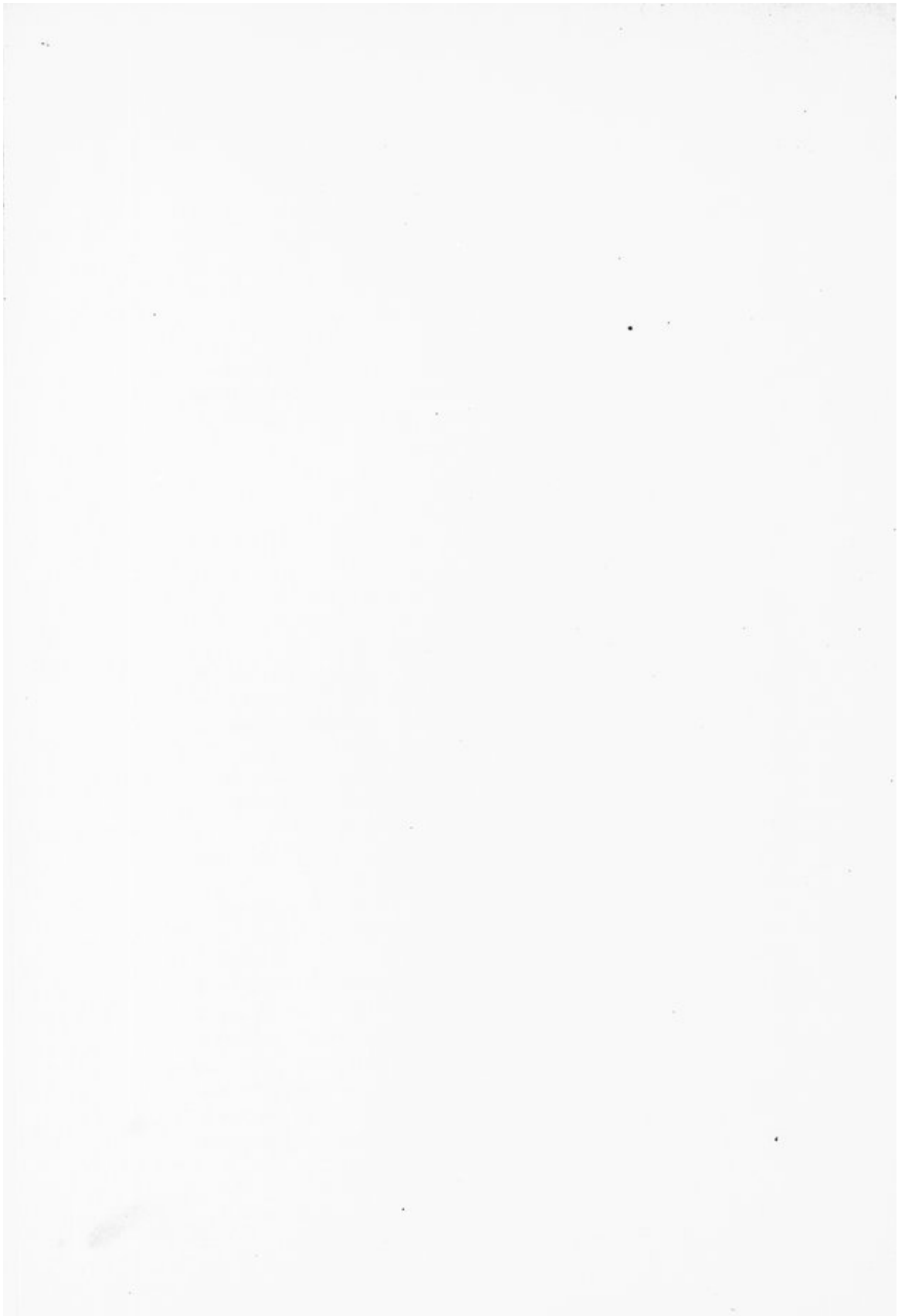
A su contemplación se alzaron en su recuerdo los compañeros de la Epopeya, unos muertos, otros proscriptos y errantes, Céspedes, Agramonte, Reeve, Maceo, Calixto García, Julio Sanguily. Toda aquella confusa visión de gloria y poder conmovió al hombre de bronce en su actual desamparo. Sin embargo, el Destino lo reservaba a él solo entre todos, para la Apoteosis. Si sus penetrantes ojos hubieran leído en el arcano de los tiempos, la hubieran visto enarbolada otra vez y por su mano misma, recorrer en triunfo, acompañado del Teniente predilecto, de Maceo, la Isla entera, y después, caídos todos sus viejos compañeros, sega-

dos por las balas implacables, Céspedes, Agramonte, Martí, los Maceo, Serafín Sánchez, Crombet, su mismo heroico hijo, quedaría él por un milagro en pie, como la ceiba que respeta el rayo, para clavarla por su propia mano y al cabo de treinta años de luchas, sobre la hispana fortaleza del Morro, donde hasta ahora, por lo menos, aun ondea esa banedra que él allí puso.

LOS DETRACTORES

En las guerras por la Independencia de Hispano-América, Bolívar, el más desmesurado genio de la raza, tuvo sus detractores. El Doctor Florentino González, patriota colombiano, compañero de Bolívar, su frenético admirador primero y después enemigo implacable, supervivió al libertador en más de treinta años y hasta la hora de su muerte preguntaba indignado al coro de admiradores: "Señores: ¿por qué es grande Bolívar, Díganme: ¿por qué es grande," A los detractores de la gloria de Gómez, muy pocos por honor de Cuba, y que como González preguntan: "¿por qué es grande Máximo Gómez", se les puede responder con una frase del mismo Generalísimo contestando acusaciones de un su enemigo: "para hombres como yo, es bueno dejar a los hechos que hablen ellos solos", y los hechos ya han hablado. Es grande por cualquiera de sus fabulosas hazañas en la guerra de las Diez Años, por su austera dignidad en la proscripción, por sus triunfos como General en Jefe en la guerra de los Tres Años; es grande porque lo acataron con subordinado respeto figuras tan sobrehumanas como las de Martí y Maceo y en la paz que siguió a la guerra, en esa paz, fuente de inmoralidad, porque no marchitó sus laureles, ya que en ella, su noble figura, orlada por la sabiduría y el desinterés, creció aún más que en la guerra, si esto cabe.

**MÁXIMO GÓMEZ
Y LA INVASIÓN DEL 95**



PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL ACADÉMICO MIGUEL ANGEL CARBONELL, EL 17 DE JUNIO DE 1930, PARA SALUDAR, EN NOMBRE DE LA ACADEMIA, AL CONFERENCIANTE DOCTOR BENIGNO SOUZA.

Señor Presidente;
Señores Académicos;
Señoras, señores:



El nombre de Benigno Souza está tan firmemente vinculado a mis días todaví acercanos de adolescente, cuando él culminaba la gloria en la ciencia y yo irrumpía en las letras con más sueños que ideas en la mente y con arrestos que los años, con no ser muchos, han convertido en cruces sobre mi corazón, aunque sin destruir lo que de permanente hay en él de amor a lo justo y a lo grande y de infinita indulgencia para todas las culpas y miserias de la endeble naturaleza humana, que no puedo pronunciarlo sino con labio devoto y gesto admirativo.

Se reciben en la vida a menudo hondas desilusiones. Los ríos a que nos asomamos con asombro en el arranque de la juventud, juzgándolos caudalosos, y los soles que deslumbraron nuestros ojos, nos parecen luego, en el andar del tiempo, torciendo rumbos y descuajando anhelos, arroyos de aguas mansas o fuegos fatuos que se deshacen apenas parpadean. Duro es el tiempo tronchando en el espíritu ilusiones. Duros son la razón al afianzarse y el entendimiento al madurar, porque empujan hacia nuevas formas, orientan en opuestas idealidades, dibujan distintas perspectivas y truecan exigente al conforme fabricándole alas que le llevan a dudar de las ajenas. De ahí que obras que nos parecieron geniales al comenzar la ruta, las juzguemos

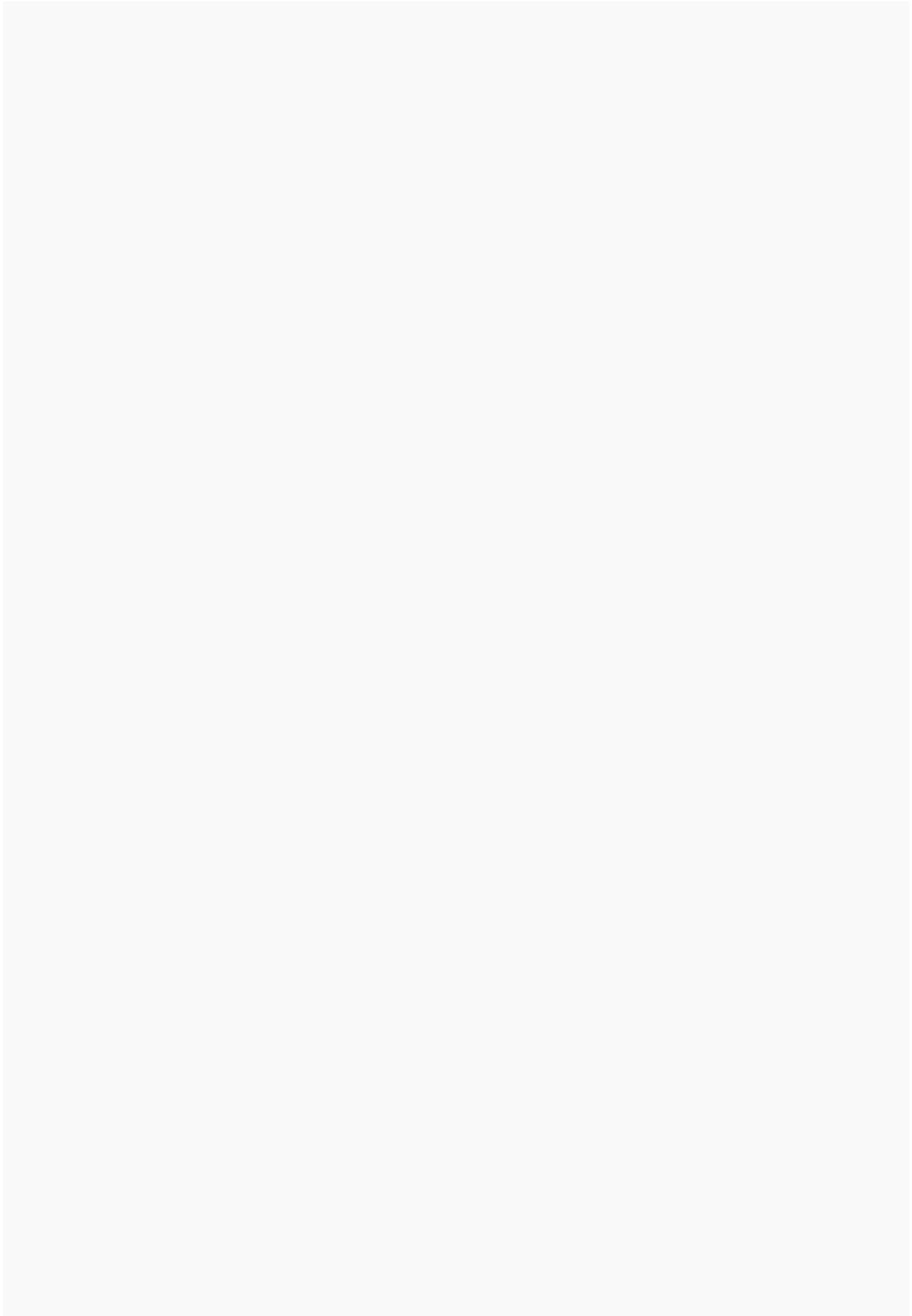
luego con labio desdeñoso; que actitudes admirativas, que estimáramos con un sincero carácter de permanencia, se traduzcan hostiles. Y no es que variemos en nuestra sinceridad; es que crecemos en abarcamiento, y al nutrirse nuestro juicio y divisar más amplios horizontes, ya no vemos tan en grande, porque miramos desde arriba. Pero no todo sufre esa metamorfosis. No todo se quebranta. Lo que es digno del laurel, seguirá siéndolo en el hoy y en el mañana. El mérito salva distancias de continentes y de siglos. Los verdaderos grandes hombres perduran a través de las transiciones del individuo en su marcha ascendente a una actitud definitiva. Así Benigno Souza, el médico que ha escrutado con visión genial los secretos del organismo; el espíritu alerta a las palpitaciones del pensamiento, que ha paseado el mundo con la amplia comprensión del que sabe lo que ve y ve por donde va; tan nutrido en las artes y en las letras como en la propia disciplina de su vocación, por lo que pudiera profesar lo mismo Anatomía que Perspectiva o Historia; el que lleva sus valores con modestia sólo comparable a la dadivosidad con que prodiga los tesoros de su ciencia, continúa ligado a mi admiración, que crece lejos de disminuir, porque ahora puedo apreciar mejor lo que significa su noble apostolado.

Jubilosa se siente la Academia al contar en este acto, consagrado a rendir tributo de generosa recordación al Generalísimo Máximo Gómez, el caudillo venerado a quien tocó subrogar con nuevo potente calor de humanidad la arcaica armadura del Bolívar legendario que post-vió, en el desastre de Casacoima, desplegada al mástil del Continente la bandera de la República; jubilosa se siente—repito—al contar con el concurso del doctor Souza, apasionado por la Historia, sector en que sus conocimientos pascen por la precisión y comprensión vastísima con que destaca en su conversación animada los episodios de la vida universal. En la Historia de Cuba ha penetrado Souza con fervor. En posesión de documentos que servirán mañana de norma para llegar a una apreciación cabal del proceso revolucionario, ha podido aquilatar en todo su carácter y en toda su

grandeza la personalidad de Máximo Gómez, a quien conoció entre llamas, en el ingenio "Mi Rosa", donde fuera huésped de su padre en los días inolvidables de la marcha invasora. A caballo, desnudo el curvo alfanje, iracundo sobre la silla de pelear, lo vió Souza en el teatro de sus proezas inmortales, y su admiración quedó para siempre encadenada a la gloria del viejo General. Luego, ahondó en su pasado, apreció su desprendimiento, sopesó su acción en la manigua, vió sus defectos, pero no le sorprendieron en su alcance, consciente de que en las vidas representativas todo es desproporcionado, y porque imperfecto todo lo creado, no se ha de medir en ellas la estatura por la ausencia de lo negativo sino por el prevalecimiento de la voluntad virtuosa.

Para hablar de un altruísta, y Máximo Gómez lo fué en grado superlativo, porque todo lo dió a una tierra que no era la suya y supo mostrarse sobrio ante el manjar del poder, a la hora de la recompensa, no pudo contar la Academia con espíritu más excepcional que el de Benigno Souza, en quien domina, por sobre toda otra característica, la consoladora virtud del altruísmo. No es Souza hombre sujeto a cánones inexorables. En su yo se derrama, oreándole los cauces del pensamiento, el amor en todas sus vastas acepciones.

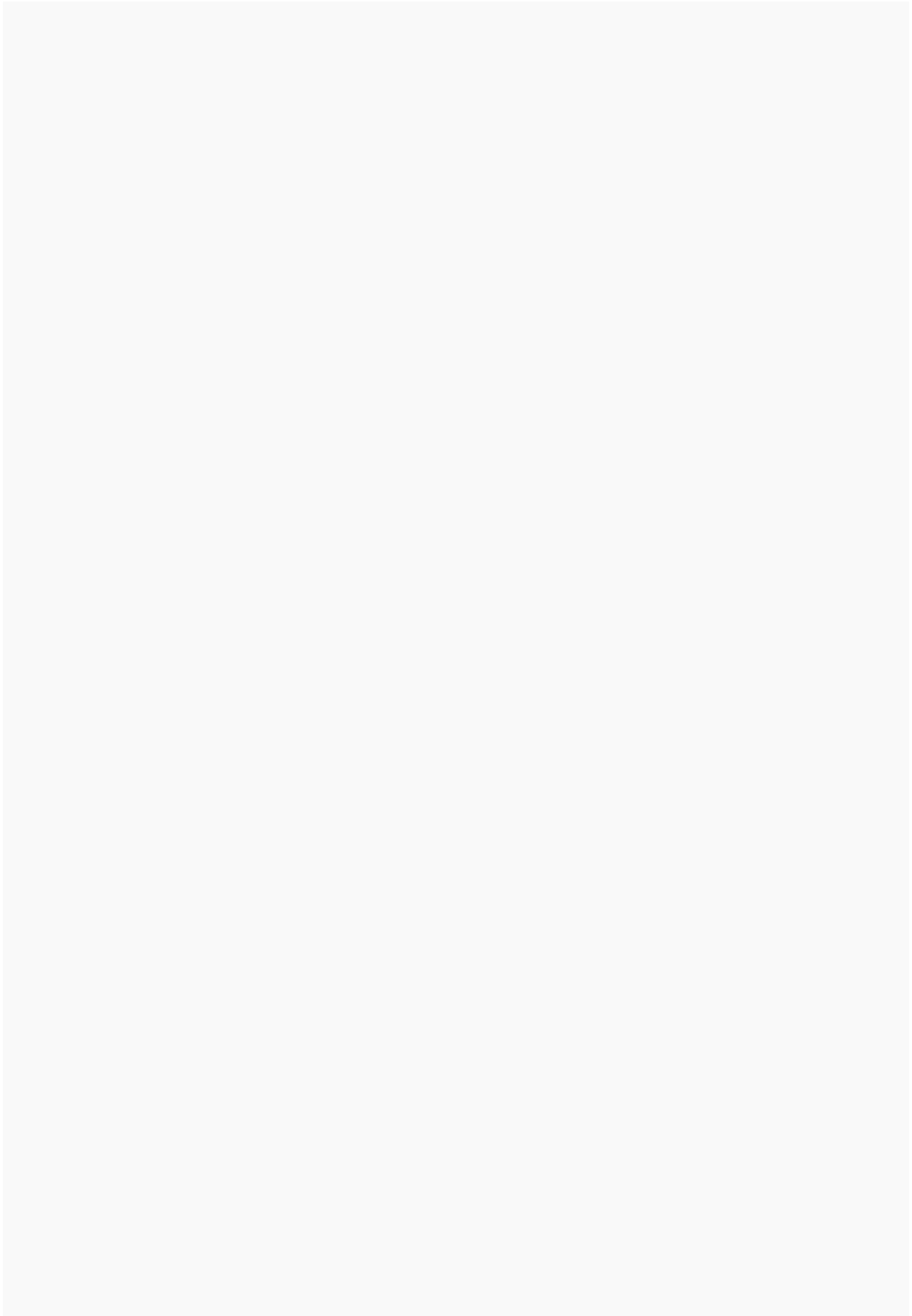
Sin ideal, la vida asfixia. Sin entusiasmo, el hombre es mero instrumento de toda bastardía por acomodamiento o abstención. Sin emoción, el alma es jaula vacía a la que puede penetrar como huésped transitorio todo apetito. La palabra sin el acto es la falsía. La prédica sin la sinceridad es la demagogia. Por saberlo pleno de ideales, capaz de la emoción, ajeno a todo egoísmo, tan desdeñoso de la impostura como del verbo en falsete, ni paradójico, ni teatral, ni agitador de turfíbulos, la Academia saluda por mis labios con veneración y con respeto al médico sabio que ahora mismo, honrará su tribuna y que bien puede cantar la gloria del máximo libertador.





MAXIMO GOMEZ — 1897

Dibujo de Galindo.



MÁXIMO GÓMEZ Y LA INVASIÓN DEL 95

CONFERENCIA LEÍDA POR EL DOCTOR BENIGNO SOUZA Y RODRÍGUEZ,
EN LA ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS, EL 17 DE
JUNIO DE 1930.

Señor Presidente;

Señoras y señores:

EL 4 DE ENERO DE 1896 EN "MI ROSA"



LAS diez de la noche del día 4 de enero de 1895, y en la sala de la casa de vivienda del ingenio "Mi Rosa" en Quivicán, la familia residente en ella rodeaba a varios oficiales españoles que, sentados alrededor de la mesa de comer, deferentes oían al que ocupaba la cabecera, joven general, atildado, elegante, de modales suaves y palabra reposada y amena.

Era éste el general español Ramón Echagüe, conde del Serrallo, que sólo hacía tres o cuatro horas, con la columna de su mando, unos dos mil hombres, y por su rastro, había llegado al citado ingenio detrás de Máximo Gómez y Antonio Maceo, los que al frente de cuatro o cinco mil hombres, con clamoroso estruendo, a banderas desplegadas y bandas de música, habían estado durante más de dos horas vigilando el pintoresco e interminable desfile de la columna mambisa. Todo fué para nosotros, asombrados, teatral en ese memorable día: a una decoración

sucedía otra; a los cubanos, poco tiempo después, la columna española.

Terminó la comida copiosa y selecta (1), regada de escogidos vinos, Echagüe, después de la copita de coñac, encendió su aromático veguero, y beatífico, entre azuladas nubes, saboreaba en aquel ambiente de trágico desastre su excelente comida, su plácida sobremesa, sin parar mientes en el lúgubre panorama de llamas que lo rodeaba y muy bien percibía por las ventanas abiertas, en un horizonte que entero ardía con vivo resplandor, y donde un punto brillante, un ascua, marcaba a Güira de Melena, incendiada también y sitio en que a esa hora y a seis kilómetros escasos descansaban Gómez, Maceo y sus huestes; evidente prueba de la invasión que se instalaba con insolencia en plena provincia de la Habana.

GOMEZ Y MACEO, UN ANGULO RECTO

El general y sus compañeros, desentendidos de todo en aquella serena noche de invierno tropical, volvían con el recuerdo a su lejano país, a España; hablaban de Madrid, de la política; una palabra, una idea, un tema evocaban otro; alguien mencionó a Cánovas, y Echagüe, su ferviente admirador o su amigo, hizo su apología, lo exaltó, y ante la irónica sonrisa del teniente coronel Moreno, sentado a su derecha, con palabra lenta y frecuentes pausas, decía: —“¿No lo cree, eh? Pues mire usted, ¿quién en el problema de la guerra de Cuba, como él y de tan lejos, en dos palabras y en una sola fórmula, la ha definido mejor? No se puede olvidar que es Cánovas el que ha dicho: “La guerra de Cuba es sólo cuestión de dos balazos felices” (2); y eso señores, eso es la guerra en Cuba. Esto que vemos es sólo la obra

(1) La cocina de Echagüe era la mejor entre las de los generales españoles.

(2) También dijo Cánovas en su tertulia, y corrió por toda España: “En Cuba no hay más que un general, y ése es Máximo Gómez”; palabras que fueron consignadas por Pi y Margall, en un artículo suyo, publicado en *El Nuevo Régimen*, de Madrid, del 30 de octubre de 1897.

de esos dos hombres que están allí.”—Y señalaba con su mano a la Güira ardiendo.—“Nadie sino ellos hubiera arrastrado a esa horda hasta aquí.” Y después de una pausa, explicó: “Entre los dos forman un ángulo recto y tienen naturalmente su fuerza.” A la interrogadora mirada de Moreno y sus ayudantes añadió: —“Si, señores, Gómez y Maceo forman un ángulo recto, porque el uno es el complemento del otro. El dominicano es todo astucia, es una zorra. El mulato, todo valor. El uno es la cabeza y el plan; el otro el brazo y la acción; de ahí sus fuerzas, señores; de ahí su éxito.” Estas palabras, este juicio de un adversario culto, dicho en aquellos momentos, se fijó en mi mente y nunca más lo he olvidado.

Años después, el 24 de septiembre de 1899, en la velada fúnebre que el “Club Calixto García” celebró, en la sociedad “El Pilar”, a la memoria de los dos caídos en Punta Brava, Maceo y Panchito Gómez, Manuel Sanguily, el primero de los oradores en esa noche, alzándose en la tribuna en que oficiaba a la serena altura de la historia, pronunció estas palabras, alusivas a Antonio Maceo, y que perdurarán eternamente:

Adiestrado por Gómez, que de Labrador llegó a ser un inspirado y sobresaliente estratégico supo cómo se invadían territorios.....
.....
.....
por lo que identificado con su maestro y jefe, a extremo que si hubiera faltado alguno de ellos jamás se realizara la estupenda empresa.

Eso dijo Sanguily, nada amigo de Gómez entonces pero sí de la justicia. Sanguily y Echagüe, desde campos tan adversos, coincidían en cierto modo al juzgar a estos dos hombres tan extraordinarios en cualquier país y en cualquier época, y como es éste también, señores, mi juicio, voy a tratar en esta conferencia de señalar lo que el uno y el otro, el maestro y el más brillante de sus discípulos, tuvieron de común en aquel movimiento. A mí, que lo percibí, que asistí a él como testigo en el centro de esta provincia de La Habana, aun me parece un canto de la *Ilíada*.

DESPUES DE LA INVASION TODO ERA ESPERAR

Yo no voy a repetir nada de lo que al movimiento militar se refiere, tratado con excepcional competencia por el teniente Reina; pero sí señalar la colaboración que el uno y el otro, el General en jefe y su Lugarteniente, tuvieron en aquel movimiento militar que, como muy bien dijo uno de sus autores (Gómez), “después de realizado, ya todo era cuestión de esperar”. Será un poco monótona la lectura de esta conferencia porque tendré que traer aquí algunos documentos probatorios, usar del archivo del general Maceo, de diarios de operaciones, etc.

Mucho se ha discutido la paternidad de la invasión, cuando de ésta se puede decir que tiene tantos padres que es lo mismo que si no fuera hija de nadie, y es, además, muy vieja; su proyecto arranca desde la guerra del 68; fué realizada por Máximo Gómez en el año 75, llegando sus piquetes hasta Colón, y a la fuerza tiene que habérsele ocurrido sus ventajas hasta el más ínfimo y oscuro oficial mambí; pero la oportunidad, su organización, las órdenes para ella, las operaciones preliminares que la hicieron viable, eso sí que es patrimonio del jefe que la ordenó y dirigió y que realmente es el padre de la criatura.

LA REVOLUCION VARADA

Cuando sobrevino la muerte de Martí, estaba localizada la rebelión en Oriente. Máximo Gómez, a quien el golpe hirió en el alma pero no amilanó, según frase del general Miró, decide su marcha a Camagüey, comarca que no había respondido hasta entonces al movimiento, precisamente en espera de Gómez, movimiento que era ya general en Oriente y se empezaba a extender en las Villas. Dice Miró:

Ve a Maceo cuyas penalidades han sido mayores, conierta con él el plan sin desmontarse del caballo y continúa la excursión, impulsado por una idea fija: sacar a flote la revolución, que según frase de él (de Gómez) estaba “varada”.

Queremos, de paso, consignar que dudamos mucho de la exactitud de la versión que, siguiendo a Enrique Collazo, copian

casi todos los que relatan la entrevista de "La Mejorana", celebrada entre Martí, Gómez y Maceo, solamente, y cuyos acuerdos se mantuvieron secretos. Collazo no vió ni a Martí ni a Maceo, únicos que pudieran informarle; su versión está en desacuerdo con la de Miró, más autorizado que nadie por su puesto al lado de Maceo para saber lo que allí ocurrió, y cuando se publique el archivo del general Gómez, que una incuria lamentable mantiene secreto, se sabrá la verdad. Nosotros, a pesar de la autoridad de Collazo, tal vez el escritor que con más sereno juicio ha tratado sobre las guerras de Cuba, opinamos con Miró:

Durante la travesía sufrió decepciones, amarguras incontables; hubo en la pequeña hueste que le seguía conatos de sedición; aquél fué su vía crucis; pero no desmayó. El viejo soldado, intrépido siempre, escala la agria cuesta, y ya en la cumbre, echa al aire sus pendones, arenga a unos cuantos proscriptos que se le unen y abre la famosa jornada de Camagüey, timbre quizá el más honorífico de su vida militar. Ahora acaba de decirnos en su tienda que entre él y Maceo "tumbarán a Martínez Campos, cogiéndolo desprevenido en los campos de Occidente.

TUMBARON A MARTINEZ CAMPOS DESPREVENIDO

En estas palabras del Generalísimo, que hay que subrayar, se encierra toda la clave de la invasión: es su síntesis. Tumbaron a Martínez Campos porque lo cogieron desprevenido. Queremos detenernos algo en esta primera fase de la futura invasión: la marcha de Gómez al Camagüey, porque es el indispensable prólogo para que ésta pudiera llevarse a cabo: había que sublevar al Príncipe; había que soldar con este anillo Oriente a las Villas. Esta tarea echó sobre sus hombros aquel soldado admirable, en quien la guerra y el mando eran un instinto, ya que, según la frase feliz de un pensador, en los hombres el instinto es el genio.

Escogió Máximo Gómez sólo veinte hombres para que lo escoltaran a la comarca donde multiplicaba Martínez Campos sus medios de seducción y seguridad militar, amontonando tropas para mantener ésta tranquila; y es aquí oportuno señalar la característica de Gómez, como jefe de operaciones, y que

servirá para descifrar casi todas las suyas. Cada soldado ha tenido su fisonomía propia; en los nuestros, Maceo era el ímpetu ardiente, el valor hecho hombre, la línea recta en la busca del enemigo; era, como acertadamente me decía en conversación el teniente René Reina, un soberbio general de choque. Gómez era frío en sus planes, sinuoso, cultivador de la sorpresa, su maniobra favorita, la que prefería a todas. Espiaba, aguardaba, se ocultaba y desaparecía para caer de repente y como el rayo sobre su presa asustada. Éste su carácter lo completa la rapidez sucesiva de sus operaciones, tan rápidas muchas veces que parecen simultáneas, y a esas cualidades, observaba el general Mario G. Menocal, unía en el combate una bravura que nadie podía superar. Ésta también es la opinión de un militar español, su adversario muchas veces, el coronel Armiñán.

GOMEZ, DEVOTO DE LA SORPRESA

En su larga y brillante historia militar durante la guerra de los diez años, en la que fué jefe de fuerzas, utilizó tales cualidades siempre que pudo. En la primera de todas sus acciones, la famosa del Pino de Baire, se reveló gran capitán mache-teando por sorpresa la vanguardia de Quirós. ¿Qué fué Palo Seco? Una sorpresa también. ¿Qué decide en su favor la suerte en Las Guásimas? Una sorpresa a la caballería española. La memorable invasión de Las Villas, el año 75, fué una serie de sorpresas, según el brigadier español Acosta y Albear. Y por fin, en la guerra de 1895, realiza la mayor y mejor explotada de sus sorpresas, que nada más que eso fué la invasión del mismo año, magna sorpresa para el alto mando español, que nunca creyó en ella. En cambio, cuando el sorprendido era él, raras veces, porque en sus marchas y campamentos fué siempre modelo de previsión, su primer movimiento instintivo, su defensa, su reacción inmediata, era la agresión instantánea. (Acordémonos del Fuerte de Pelayo.) Tenía Máximo Gómez en alto grado el valor moral que definió Napoleón, el de las dos de la madrugada, y explicaba diciendo que era el valor de improviso y de lo impre-

visto. El escritor militar Ardant Du Picq, analiza la sorpresa en sus estudios del combate y dice:

Cuando las armas son iguales de una parte y otra, la única manera de poner la suerte del lado de uno es sorprender; el hombre sorprendido tiene necesidad de tiempo para ver claro y ponerse a la defensa; durante ese instante de la sorpresa es muerto, si no huye. Generalmente, el adversario sorprendido no se defiende; trata de huir. La sorpresa sola no es la guerra, pero es siempre uno de los medios, aun hoy, el mejor.

Gómez, que seguramente no estudió al tratadista francés, sabía todo esto tan bien como él, y de ahí su devoción por esa modalidad del combate: la sorpresa. Él podía hacerse acompañar por cuantos hombres quisiera; era el general en jefe, y en esos momentos, muerto Martí, jefe superior del movimiento; pero prefirió sólo esos veinte hombres para mejor desaparecer. Después de Dos Ríos, nadie sabe nada de Gómez; los periódicos españoles, los jefes de operaciones, lo creen muerto o gravemente herido; durante tres semanas toma cuerpo este rumor, y no hay más para persuadirse de ello que recorrer la prensa de aquellos días, las entrevistas publicadas con los jefes españoles, con el general Salcedo, por ejemplo. Risueñas esperanzas sostienen a Martínez Campos; son los últimos fulgores de una estrella, feliz hasta entonces, que apagaron para siempre, en Cuba, Gómez y Maceo. Además, los viejos jefes militares del Camagüey no quieren la guerra; menos un punto negro, el marqués de Santa Lucía, todo es confianza y tranquilidad. (Véanse las correspondencias de periódicos y algunas cartas particulares, entre éstas últimas, una del doctor Wenceslao Gálvez a su tío, publicadas por el capitán Llaverías.)

MARTINEZ CAMPOS CUIDA DE CAMAGÜEY

Martínez Campos, para mejor guardar la paz en su provincia de Camagüey, marcha para ella y lleva nuevos refuerzos. Se instala en Puerto Príncipe, y el día 17 de junio, de repente, en medio de aquella idílica Arcadia, en sus barbas mismas, irrumpe como un tifón el viejo caudillo, que destruye y toma a

Altagracia, cuyas ruinas humeantes y cuya guarnición muerta o dispersa muestran, al otro día, al Capitán General español que aquel golpe que destruye sus ilusiones lleva la marca de Gómez. Patente ya su resurrección, trata de coordinar sus fuerzas y perseguirle; pero Gómez, como le es habitual, no le da tiempo; dos días después, grave noticia. El Mulato se ha rendido con su guarnición a Máximo Gómez; sale Martínez Campos para Nuevitas en demanda de refuerzos, y antes de embarcar lo despide Gómez dispersando a machetazos la guerrilla del capitán Agüero en "La Larga". Setenta guerrilleros prueban el filo de los machetes camagüeyanos. (Boza.) Inmediatamente después otra mala nueva. El poblado de San Jerónimo se rinde también con su guarnición a los alzados. De modo que en resumen y con cita de fechas: Día 5 de junio. Vadea Gómez el Jobabo con algo más de cien hombres. Día 10. Se une al grupo del Marqués de Santa Lucía. Día 17. Asalta e incendia a Altagracia, casi a la vista de la ciudad. Día 19. Rendición de El Mulato. Día 21. Macheteo de La Larga, y horas después, rendición de San Jerónimo. De ahí marcha al Este, habiendo descrito, como dice él mismo, un círculo en cuyo centro está la capital.

SU NOMBRE ES UNA EPOPEYA

A las noticias de estas operaciones se estremece la comarca camagüeyana, porque de todos los puntos de su horizonte surge Máximo Gómez, "cuyo sólo nombre es una epopeya", como dijo el periódico *El Criollo*; porque es su nombre el agudo son del clarín de Palo Seco y del Naranjo que viene a tocar llamada y tropa ante los muros de la vetusta ciudad colonial; son las viejas y descoloridas banderas de las Guásimas y la Sacra, que, deshechas y temblorosas, entran también en la liza tremoladas por la misma mano que las alzó triunfantes en la década gloriosa; al conjuro de su voz, eléctrico escalofrío recorre a Camagüey, que se subleva entero y corre a formar en las filas del milagroso y viejo caudillo. La juventud toda, con su Marqués al frente, los Sánchez Agramonte, los Recio, los Boza, los Varo-

na, los Vega, Silva y tantos otros, hasta los niños (Miguelito Varona, más tarde su ayudante, contaba entonces sólo trece años de edad). Gómez, tranquilo, aprovecha su sorpresa, y organiza esa juventud, labor en que, justo es decirlo, lo auxilian el Marqués, al que encarga los asuntos civiles, y el doctor Eugenio Sánchez Agramonte, en cuyas manos pone la Hacienda de la Revolución (3).

Martínez Campos escribe en 8 de junio al Ministro de Ultramar, Castellanos:

Desde que presumí que Gómez podía ir a Oriente (debe decir Occidente) ¿no empecé a mostrar mis temores? ¿No decía que sería como duplicar la fuerza de la guerra? ¿O al menos dividir mis medios? Tenía esperanzas de evitarlo; pero añadía: si quiere pasar, pasará y al hacer estas afirmaciones me fundaba en la experiencia que tenía de la otra guerra y en el conocimiento de los medios de Gómez.

En la misma carta y más adelante:

Sin el pase de Gómez al Príncipe, que confesé y confieso fué un fracaso para mí, esos cinco batallones que he enviado al Príncipe, otros cuatro a Las Villas, más los diez escuadrones, los hubiera metido en Bayamo y Santiago de Cuba, y sin tener que atender al Príncipe y Las Villas, hubiera reducido tal vez a bandolerismo las partidas de Oriente. ¿No indicaba yo que la entrada de Gómez en el Príncipe llamaría a Sánchez y Roloff a Las Villas?

Esto que expone el Capitán General español es más elocuente que todo lo que en loor de Gómez y su campaña inmortal pueda decirse. Me he detenido algo en esta que se puede llamar primera fase de la invasión a Occidente, por la importancia que tuvo para la marcha futura de la guerra.

GOMEZ ORDENA LA INVASION

Desde allí, fechada en el Cascarón, a 30 de junio de 1895, y en documento que poseo de gran valor histórico y que exhibo a ustedes, "ordena" Gómez de modo preciso a su Lugarteniente la

(3) Fué de tal importancia la invasión del Camagüey por Gómez, que Martínez Campos envió por cable su dimisión a Madrid, la que no le fué aceptada por Cánovas.

invasión a Occidente y anticipa en síntesis la probable marcha de los sucesos que después subsiguieron. La importante comunicación, copiada a la letra, dice así:

Cuartel del Ejército Libertador.—El Cascarón, Camagüey,

junio 30 de 1895.

Al Mayor General A. Maceo,

Jefe del Primer Cuerpo de Ejército.

General: La rapidez con que tengo que moverme en esta comarca para aprovechar estos momentos preciosos; la aglomeración de asuntos que me rodean y, sobre todo, el más importante, el de organización, no me dejan tiempo para narrar con todas las circunstancias difíciles mi marcha a esta comarca no sublevada, y escoltado por 20 hombres, que dado lo difícil y peligroso de mi marcha, por dos veces se propusieron abandonarme. Al fin, después de burlar la persecución del enemigo, que había situado fuerzas considerables en todas las encrucijadas que sospechaba podía yo cruzar, logré pasar el Jobabo el día 5 y entré en la comarca camagüeyana ya con 100 hombres de partidas sueltas que se me iban incorporando a mi paso por la jurisdicción de las Tunas. El mismo día, por una feliz coincidencia, levantaba la bandera de la República, acompañado de 50 jóvenes, el benemérito patriota Salvador Cisneros. Cuatro días después nos dábamos el abrazo de compañeros Cisneros y yo. El enemigo, aturdido y débil, no pudo en aquel instante ni ha podido aún siquiera perseguirme, y mucho menos impedir la primera operación que me propuse ejecutar. Describiendo un círculo por toda la comarca para levantar el espíritu, atacué al pueblo de Alta gracia en la línea férrea, que fué reducido a cenizas, y seguidamente, continuando por el Oeste, hemos tomado el campamento del Mulato y pueblo de San Jerónimo, que nos han dado diez mil tiros y 100 armas con un rico botín; además, 110 soldados perdonados y devueltos a sus filas.

Hoy he cerrado el círculo adonde partí para esta operación y despacho la fuerza auxiliar para que opere en Las Tunas. El enemigo está a la defensiva en la ciudad y el general Campos ha salido para La Habana en reclamo de refuerzos. Mientras tanto, organizo 500 jinetes y la comarca está respondiendo al reclamo de los libres.

Por esto, es urgente que usted prepare un contingente lo más pronto que pueda y con jefes escogidos y experimentados trate de incorporárseme cuanto antes para que demos el golpe definitivo en Occidente,

donde se nos espera. En el mismo sentido escribo al general Masó jefe del Segundo Cuerpo (4).

He dispuesto y protegido desde aquí los levantamientos de Las Villas, y los valientes que allí se han alzado esperan ansiosos que yo y usted emprendamos la marcha para aquella comarca. *Solamente empujado por circunstancias fortuitas emprendería la marcha sin esperar su valioso concurso, y siempre será mi propósito esperarlo para asegurar el éxito y compartir la gloria.* Espero que me anticipe aviso, así como me imponga de su situación, pues aun no he recibido ninguna comunicación de usted, aunque por la prensa enemiga me entero de sus operaciones. Con Patria y Libertad,

El General en Jefe,

M. Gómez.:

P. D.—(De su puño y letra). *Mi querido amigo: No me deje a José. Yo creo que usted puede dejar al Oriente con guerrillas y venir con el gran ejército de Alejandro Magno".*

"SU INDISCUTIBLE SUPERIORIDAD"

La carta se comenta sola. Es perentoria y concluyente; está fechada en 30 de junio de 1895, es decir, cuando la suprema autoridad de los alzados en armas lo era sólo Máximo Gómez, general en jefe provisional por el voto de los jefes del 68, a la cabeza de los cuales figuraba Antonio Maceo, que en acre comunicación que lleva el número 150 folio 85, primer libro del archivo de Maceo, al Secretario de la Guerra, fechada en Consuegra en 19 de noviembre, dice:

Cuanto al mando supremo del Ejército que asume el Mayor General Máximo Gómez, no es para mí noticia nueva; yo fui el primero, en el destierro, en darle mis sufragios y acatar su autoridad, porque reconocía como reconozco en él su indiscutible superioridad.

El Gobierno revolucionario no fué elegido ni tomó posesión sino el 19 de septiembre del 95, a las nueve de la mañana, es de-

(4) Lo subrayado lo ha sido por mí, para indicar que en esas palabras está el germen de la invasión a Occidente. No creo que en la entrevista de La Mejorana, sobre la que tanto se ha fantaseado y mentido, se tratara de la gran invasión aludida, y sí de la de Camagüey, en aquellos días de mayo de 1895 todavía en plena paz.

cir, tres meses después de la orden terminante de Máximo Gómez a sus dos tenientes Antonio Maceo y Bartolomé Masó. Como vemos, la versión de que fué este movimiento de la iniciativa del Gobierno revolucionario, se comprueba que es errónea. La orden estaba dada por quien podía darla, en documento oficial y recibida por Maceo tres meses antes del nacimiento del Gobierno de la Revolución. Éste se encontró con ella vigente a su advenimiento, y era natural, muy natural, que no se iba a oponer a su cumplimiento; lógicamente la apoyó, sobre todo, el Marqués de Santa Lucía; pero ni siquiera la inspiró, porque lo que aun no existe nada puede inspirar.

Era necesario pasar a Las Villas para disponer y organizar el contingente con que esta región, donde pululaban las partidas insurrectas, iba a contribuir a la invasión; pero además quería Máximo Gómez, siempre previsor, anticiparse a la entrada en escena de los veintidós batallones peninsulares, quinta expedición de tropas españolas públicamente anunciada en todos los periódicos, y que seguramente usaría Martínez Campos en Las Villas. Ansioso, pues, en adelantarse a su adversario, que iba en breve a disponer de tan eficaz refuerzo, dice en 12 de agosto del 95 a su Lugarteniente, en comunicación fechada en Najasa, y que muestro a ustedes:

El enemigo seguramente reforzará las fuerzas suyas en Las Villas y no debe dársele tiempo a que se enseñoree de aquel territorio. Pienso antes de poco marchar para allí. Aunque estamos escasos de jefes experimentados, ya he enseñado un poco a defenderse y ofender a los que dejaré aquí, y no será muy necesaria mi presencia en esta comarca.

CRUZA GOMEZ LA TROCHA

Detenido por las demoras en la constitución del Gobierno, que no se hizo sino en 19 de septiembre, cruzó Gómez la trocha militar el 30 de octubre, no sólo a los objetos expuestos, sino también para llamar con fines estratégicos la atención de los españoles sobre sí y facilitar la marcha a Maceo, al que dice en 21 de noviembre:

Me extraña que usted, cuyo carácter tengo bien conocido, no haya procedido con un poco más de energía haciendo cumplir mis órdenes.

Mi presencia en esta comarca ha obligado al enemigo a concentrarse, mientras que yo, por mi parte, me he concretado a los movimientos que lo obliguen a mantenerse en esa actitud, a la vez que conservo enteras nuestras fuerzas para proteger, como lo estoy haciendo, el avance de usted. He logrado botar al Oeste del Zaza más de 4,000 españoles que esperaban batirme en la zona de Ciego de Ávila; después de dejarlos entretenidos por allí, caía sobre su retaguardia, tomándoles el campamento de Pelayo.

Más tarde, fechada en Primer Hoyo, el 29 de noviembre, decía:

Como es probable que esta comunicación lo encuentre en marcha, procure continuarla por el rumbo mismo en que yo la hice, consultándose con prácticos como el comandante Tranquilino Cervantes; siguiendo ese itinerario, ya yo sé por dónde debo salirle al encuentro.

Del histórico Baraguá emprende marcha la columna que se llamó invasora el día 22 de octubre del 95, y es ésta también la oportunidad de rectificar un error que frecuentemente se comete al reseñar este movimiento. La invasión, tomando el valor militar que tiene el término como operación de guerra, “consiste en irrumpir en país enemigo o extranjero en hostilidad ordenada y con movimientos estratégicos para saquear o poseer”. (*Diccionario Militar*, Nicolás Estévez.)

No fueron las comarcas de Oriente y Camagüey, donde los que en realidad imperaban eran los insurrectos, donde residía patriarcal su gobierno, sus organizaciones civiles funcionaban con toda seguridad, donde numerosas familias, aun las más acomodadas, moraban sin molestia alguna, y donde, en fin, estaban los españoles a la defensiva, puesto que habían trasladado el peso de las operaciones militares a Las Villas; no era no, Oriente, país extranjero para las huestes cubanas, que marchaban por territorio en que tenían sus armas dominio, y sí Occidente, país enemigo, extranjero, y eso es tan exacto, que en documentos de la época se la denomina invasión a Occidente y no invasión a Las Villas.

EMPEZÓ EN LAS VILLAS OCCIDENTALES

La comarca a invadir empezaba en Matanzas, o cuando más, en Las Villas occidentales, y si es exacto que la columna completada en Mala Noche era invasora por su función ulterior, ésta, es decir, la invasión propiamente dicha, no empezó hasta que, unida con la otra columna invasora, la que preparó y organizó Gómez en Las Villas, emprendió junto con ella su marcha a Occidente; por cierto que mayor contingente aportaron a su formación definitiva los villareños que los orientales, hecho que generalmente tampoco se reseña. Formaron en ella, con sus fuerzas: Serafín Sánchez, Pedro Díaz, Basilio Guerra, José Loreto Cepero, Juan Bruno Zayas, Roberto Bermúdez, *Cayito* Alvarez, Antonio y Vicente Núñez, Joaquín Rodríguez, *Pancho* Pérez y otros, a los que hay que añadir la escolta del general en jefe, integrada por hombres del Camagüey (alrededor de cien hombres), y más tarde, las fuerzas de Matanzas.

El 29 de noviembre, en Lázaro López, se encuentran, al fin, Máximo Gómez y su Lugarteniente, “abrazándose los dos caudillos en medio de las exclamaciones más expresivas de entusiasmo en que prorrumpieron las dos tropas fraternalmente confundidas en aquel abrazo que simbolizaba tantas cosas.” (Miró.) Allí se veían por primera vez unidos los montañeses de Guantánamo y los montunos de Manzanillo y Bayamo con los hijos de Sancti Spíritus y Trinidad.

¡LLEGAREMOS HASTA LOS CONFINES DE OCCIDENTE!

El 30 de noviembre, a las siete de la mañana, antes de emprender la marcha, “Gómez se adelanta a caballo, impone silencio con un ademán y saluda al Ejército Libertador en una arenga cuyos acentos penetran en todos los corazones como agudos toques de clarín” (Miró). He aquí la marcial alocución del heroico anciano a sus huestes:

En estas filas, que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate será un día per-

dido o mal empleado. El triunfo sólo puede obtenerse derramando mucha sangre. ¡Soldados! No os espante la destrucción del país, no os extrañe la muerte en el campo de batalla; espantaos, sí, ante la horrible idea del porvenir de Cuba si por casualidad llega España a vencer en esta contienda. Los manes de tantas víctimas inmoladas os exhortan a que luchéis con decisión y vigor para que la rapidez del triunfo no dé ocasión a levantar nuevos cadalsos. Poco se ha hecho hasta ahora, poco hemos andado, no estamos aún en Las Villas, donde nos esperan las grandes peleas. Esta guerra no registra más que dos acontecimientos notables: la acción de Peralejo y la expedición del General Roloff. España manda para combatirnos al más experto de sus generales. Y bien, con eso demuestra nuestra pujanza, porque empieza ahora por donde acabó la otra vez. Yo le auguro a Martínez Campos un fracaso cabal, que empezó para él en la sabana de Peralejo; pronóstico que se habrá de cumplir al llegar los invasores a las puertas de La Habana con la bandera victoriosa, entre el humo del incendio y el estrépito de la fusilería. ¡Soldados! ¡Llegaremos hasta los confines de Occidente, hasta donde haya tierra española! (*Recogida por el general Miró*).

“BUSCANDO FRENTE LIMPIO”

Nombra el Generalísimo, que había dejado a su jefe de Estado Mayor general Vega en Camagüey, a Antonio Maceo jefe del Cuarto y Quinto Cuerpos y le da la dirección de la columna expedicionaria y lo anexo a organización, orden interna, etc. (Miró.)

Y en su lacónico y pintoresco léxico *mambí*, señala el plan que se ha de seguir y que resume la estrategia de su marcha: “No importa retaguardia o flanco sucio, buscando frente limpio.”

Elijo la mayor parte de las citas que incluyo aquí de las *Crónicas de la Guerra*, del general Miró, Jefe de Estado Mayor de Maceo, y cuyo testimonio tiene ese valor.

1º de Diciembre.—Combate, o mejor, escaramuza con Suárez Valdés, en cuya columna iba como agregado el oficial inglés que es hoy Lord Churchill. Dice Miró:

Muy conocedor el General Gómez de aquella comarca desde la otra guerra y al corriente de la manera de operar de Suárez Valdés,

encaminó nuestra columna hacia Trilladeritas, campamento que dejó el adversario al dirigirse al nuestro en La Reforma, convencido de que para el general español era suficiente victoria la ocupación de Río Grande. De resultar comprobada la predicción de nuestro caudillo nos hallaríamos al día siguiente en Las Villas, sin ser hostilizados por la columna de Suárez Valdés.

Augurio del viejo estratega que exactamente se cumplió.

GOMEZ ORDENA A MACEO

3 de Diciembre.—Iguará (Miró):

Iba a vanguardia con la caballería de Sancti Spíritus el General Gómez... Fué avisado por un campesino de que había pernoctado allí una columna española y que retornaba a Sancti Spíritus hallándose en marcha en esos momentos, que llevaba muchas acémilas. Gómez envió un yudante a Maceo, que se encontraba en el vado del río, para decirle que no quería desperdiciar la ocasión de batir aquella columna, situando las fuerzas a vanguardia por el frente...

(Boza):

En estos momentos se entrevistan nuestros dos grandes jefes; aquellos dos soldados batalladores, el viejo blanco y el mulato joven, el uno por el frente y flanco izquierdo, el otro por el flanco izquierdo, atacan al enemigo.

5 de Diciembre.—Se separa el Gobierno y marcha para Oriente.

9 de Diciembre.—Casa de Teja (Miró):

Al cruzar por Fomento queda Maceo en observación y con las fuerzas de retaguardia. Fuego a vanguardia en Casa de Teja, y avisado el General Gómez por un oficial, retrocede con la escolta y dos escuadrones y ya con este medio la resistencia toma otro carácter..

11 y 13 de Diciembre.—Manicaragua (Miró):

Maceo con su escolta y Regimiento Céspedes, contiene el avance de la columna española.

12 de Diciembre.—El Quirro (Boza):

El General en Jefe emprende marcha por caminos malísimos y estrechos con el grueso de las fuerzas. El Lugarteniente queda a retaguardia conteniendo al enemigo.

15 de Diciembre.—Nadie como Gómez, profundo conocedor de la psicología del combate y de la guerra, sabía el aserto del tratadista militar que dijo:

El arte de la guerra sufre numerosas modificaciones en relación con los progresos industriales y científicos. Pero hay una cosa que no cambia jamás, y esa es el corazón del hombre, siendo en último término el combate un asunto de moral.

ORIGEN DE MAL TIEMPO

Nadie mejor que él conocía los miserables medios en hombres y elementos de guerra con que iba a emprender, contra ciento ochenta mil (5) soldados de Martínez Campos, la tarea de atravesar, en lucha constante, doscientas leguas de comarca enemiga. No tenía, frente al valor nunca desmentido de la infantería española, frente a los cañones modernos, fusiles de repetición, barcos, ferrocarriles, telégrafos y el dinero en profusión de que disponía Martínez Campos; no tenía más, para acometer esta empresa, que su audaz e incomparable genio militar y el inmenso corazón de su segundo: Maceo. Con ellos solos entraba en la liza y quería encubrir o *camouflear* su pobreza con un golpe que hiciera tambalear de entrada a su adversario y pusiera circunspección prudente en las columnas españolas y exaltara el ánimo de los suyos. Este fué el origen de Mal Tiempo.

Gómez también sabía, y lo demostró en sus trece años de diario combate contra los jefes españoles, que la mejor defensa es la agresión, y es por eso que jamás inició una operación, una campaña, sin preludiarla con golpes brillantes, de los que tan devoto era. En su invasión a Guantánamo fué La Indiana, la heroica y terrible Indiana, el primer nudo que quiso cortar. En Camagüey, Nuevitas y Santa Cruz del Sur prologan a Palo Seco. En la invasión del 75 elige el fortificado campamento del Jíbaro para iniciar sus operaciones. Hemos reseñado sus rapidísimos golpes en el Príncipe durante esta guerra, y como fué siempre ésta su psicología de soldado, de ahí su deseo de ani-

(5) Entre soldados, guerrilleros y voluntarios.

quilar y destruir una columna española como introito de la invasión, deseo que patentizó en todos aquellos momentos que le parecieron favorables a ese objeto. De ahí su orden a Maceo en Iguará de irle arriba a la columna de Segura; la proximidad del poblado donde se refugió y la pericia con que el coronel español hizo su retirada bajo la protección de los fuertes, frustraron este propósito.

GRAN SOLDADO DE CABALLERIA

El fugaz momento que ansioso espiaba su heroico espíritu se presenta, al fin, en la mañana del 15 de diciembre, ya en Las Villas occidentales, en el famoso campo de Mal Tiempo. Mal Tiempo, Palo Seco del 95, típico combate de caballería al modo de Gómez, arma en cuyo manejo no tuvo entre nosotros rival, única acción de esta última guerra en que los cubanos acuchillaron y dispersaron, a pesar del maüser, una de las columnas de infantería de línea española, tan difíciles de desmoralizar.

La tropa cubana marchaba muy temprano, con Maceo a vanguardia, Gómez en el centro y Serafín Sánchez a retaguardia. Había colocado Gómez en la extrema vanguardia, en la descubierta, a José Loreto Cepero, que con énfasis le pidió ese puesto, entusiasmo que el sagaz caudillo, que husmeaba ya los acontecimientos, quiso aprovechar para sus planes. Al cruzar junto al ingenio "Teresa", fortificado y guarnecido, condujeron hasta Gómez los flanqueadores *mambises* a dos campesinos—dos mulaticos—que traían informes de interés. Gómez, que iba entre Serafín Sánchez y Eugenio Sánchez Agramonte, se aparta, los interroga, ordena que los retengan en la impedimenta hasta nueva orden, y de súbito, enderezándose sobre los estribos, grita con aquella voz peculiar suya y que nunca olvidarán los que tuvieron la fortuna de oírla: "¡Un ayudante al general Maceo, que acorte la marcha!" Y en seguida a Serafín Sánchez: "¡Vamos a ver lo que pasa en la descubierta! ¡Ordenes a dos escuadrones que sigan a mi escolta! ¡Ayudante Benjamín: a Boza y plana mayor que me sigan!" Por sus informes, a poca distancia, a su encuen-

tro marchaba una fuerza española. En ese instante lo dedujo todo y combinó su plan. Se echa fuera de las filas de la larga columna *mambisa*, por la derecha; pone su caballo al trote, recorre a ese aire toda su longitud hasta alcanzar a Maceo, con el que conferencia breves momentos, y da entonces personalmente orden a Cepero, que no cumplió, de sin disparar un tiro cargar a la columna española; su desobediencia le costó ser destituido y desertar. Estos detalles explican por qué Gómez, que marchaba en el centro, es el primero en derribar con su caballo las filas españolas, y Maceo, el impetuoso, el primero siempre, tuvo que aguardar unos instantes para que echaran abajo una cerca de alambres que le cerraba el paso, instantes que bastaron a Gómez para adelantarse a su Lugarteniente y entrar el primero dentro de las filas españolas.

Las relaciones de los testigos todas están acordes hasta en los detalles, lo que es cosa rara: Miró, Boza, Serafín Sánchez, Loya del Castillo, Eugenio Sánchez Agramonte, Miguel Varona, Leopoldo Calvo, etc., etc.

GOMEZ. PRIMERO EN LA CARGA

He aquí la sincera y honrada relación de Sánchez Agramonte, que marchaba a su derecha, hasta que tuvo, en cumplimiento de su misión de médico, que acudir a prestar sus auxilios al ayudante Fera, primer herido de bala al lado del General en Jefe:

Escasamente habían transcurrido treinta minutos desde que dejamos por detrás al valiente general Maceo cuando se oyen por nuestro frente y algo a la derecha repetidas descargas de fusilería y tiros sueltos por el lado opuesto, que indican claramente las posiciones del enemigo y las de nuestra fuerza de descubierta.

Una cañada con su alta barranca del lado opuesto impide que veamos la escena, pero este ligero obstáculo es vencido por el vuelo de los caballos, y sobre la meseta se extiende a nuestra vista una llanura bastante amplia, y a la derecha, como a unos trescientos metros, en una ancha guardarraya, rompiendo la monotonía del verde de las cañas, se advierten las manchas azules de los uniformes de rayadillo del ejército español. Forman cuadro, rodilla en tierra, haciendo fuego

con descargas cerradas. El clarín del General en Jefe recibe la orden de ¡toque a degüello!, y al grito de ¡al machete y viva Cuba libre!, dado por cientos de voces, parten como un rayo los jinetes sobre los cuadros... Los hombres, el cuerpo inclinado hacia delante, siguiendo como un torbellino al invicto general Gómez, que, clavado y tieso en su montura, más parecía un centauro que un ser humano.

Loynaz del Castillo:

El general Sánchez, con el Estado Mayor y las fuerzas villareñas, cargó con los más próximos, pero cuando llegamos a las bayonetas, ya el general Gómez entraba adelantándose algunas varas con sus ayudantes y brava escolta, el primero en la carga, el primero en blandir sobre aquellos duros cráneos su corvo acero. Allí le vieron los dignos, ejemplo arrebatador, destacando su marcial figura como un reto a la muerte entre una aureola de fuego, general entre los héroes.

(Miró):

Al mismo tiempo lo efectúa Gómez con su escolta de camagüeyanos, tres escuadrones de Martí, García y Gua. Él, delante de la tropa, tieso, clavado en la montura, blandiendo el alfanje que usa... Por los flancos la carnicería ha sido tremenda. Gómez, brioso y enardecido como en Palo Seco, ha roto el más fuerte núcleo de los españoles siendo el primero en abrir boquete.

GOMEZ: DOS CABALLOS MUERTOS

Cuando Gómez cae como una tromba entre los soldados españoles, se desploma su caballo, mortalmente herido de tres balazos, y su sombrero es atravesado por un cuarto proyectil. El fiel Boza le da su caballo, que a su vez cae también herido, y al fin, monta el General, mientras le traen uno de los suyos, en el que le ofrece el soldado de su escolta Avelino Loynaz. Sobre éste, y cuando empieza el ojeo entre las cañas y la matanza al detalle, el General, erecto sobre sus estribos, cruza frente al Lugar-teniente y su Estado Mayor, enjugando sobre el cuello de su caballo, y antes de volverlo a la vaina, su machete teñido en sangre. Maceo se inclina hacia Miró y le dice: “¿Usted cree que está bien eso que el Viejo ha hecho? ¿Para qué estamos nosotros aquí? ¡No lo han matado de milagro!” Este episodio que tex-

tualmente transcribo, me fué relatado varias veces por el general Miró.

Gómez estuvo inspiradísimo, genial; adivinó, entre los informes de los dos mulaticos, los detalles todos que necesitaba para su operación y fulmineo, ordenó en ese instante la acción. Quiso también dar el ejemplo, arrastrar sus hombres tras él, y por eso es que entre todos ellos, agachados sobre el cuello de sus caballos, instintiva posición de quien avanza arrojando las balas, se destaca él solo, derecho sobre la silla, para que de todos lados lo vean y como a lábaro milagroso lo sigan. Él sabía cómo se lleva los hombres a la muerte, con el ejemplo; por eso dijo a Serafín Sánchez: "Si usted tomaba por mi orden trincheras, es porque sabía que yo también las había tomado."

Terminada esta primera fase del combate, sigue Maceo a vanguardia rechazando la columna española que por allí se mostró, y continúa después la marcha, mientras del ingenio "Teresa" sale en un tren otra columna española (batallón de Barbastro), y dice Loynaz del Castillo:

Allí cae como el rayo de la guerra el general Gómez; queda dueño del tren al que abandonan los refuerzos que se retiran al ingenio y el tren lo entrega Gómez a las llamas.

(Boza):

A las cuatro de la tarde después de la destrucción del tren y retirada de la columna española, cuando creíamos todos que el General en jefe emprendería marcha para ir a descansar y reunirse al Lugarteniente, nos vuelve a llevar a practicar reconocimientos al primer lugar de la acción... Al fin, el viejo de hierro nos ordena marchar por el rastro del general Maceo, a cuyo campamento llegamos a las diez de la noche.

EJEMPLAR EXTRAORDINARIO

En la raza humana surgen de tiempo en tiempo ejemplares extraordinarios, personalidades que son verdaderos milagros de organización y de energía nerviosa; actores de cosas increíbles; ellos son los grandes hombres. Francisco de Pizarro, a los sesentitrés años, y antes de morir a manos de los catorce conjurados

que le atacaban, da muerte a tres de ellos. Gómez, en Mal Tiempo, dieciséis horas a caballo, sin probar más que una taza de café, con el tremendo consumo moral y físico del combate, a sus sesenta años, desmiente todas las leyes naturales y se coloca, por el milagro de su férrea voluntad, por encima de ellas. Deben los soldados de todas partes, reverentes y admirados, descubrirse ante Gómez.

El combate de Mal Tiempo causó sensación no sólo aquí en Cuba, donde tuvo resonancia enorme, sino también en España. Los batallones de Canarias y parte de Bailén, despedazados; la bandera de Canarias, tomada, la combinación de Martínez Campos, un completo fracaso: tal fué aquel combate.

En la Península se explicó el desastre, lo que es de todo punto falso, imaginando que los soldados españoles desconocían el manejo del maüser, y Salmerón dijo: "Ocurrieron escenas como la acción de Mal Tiempo, en que varias compañías fueron macheteadas por no saber cargar los maüsers después de haber disparado los cinco tiros."

Uno de los actores, José Loreto Cepero, momentos después, y tomando cerveza en la bodega de Mal Tiempo, según refiere el corresponsal del periódico *La Lucha*, sofocado aún del combate decía: "Los españoles son muy calientes, pero nosotros también sabemos pelear", expresión del orgullo y confianza que el combate despertó en los cubanos.

Los *mambises*, en el arrebató embriagador de aquel día de triunfo, se lanzan después ciegos detrás de aquellos dos hombres excelsos, el uno la leyenda del éxito y el acierto, el otro la del valor incontrastable; y exaltados por la fe milagrosa que levanta montañas, a todo se atreven. Mal Tiempo fué el éxito de la invasión. Obligó a Martínez Campos a reconcentrar sus columnas y a no volver a subdividirlas más; impuso respeto a éstas, que de allí en adelante adoptan toda clase de precauciones y exageran su prudencia antes de abordar a Gómez y Maceo. En Mal Tiempo el viejo Gómez, señores, se excedió en su legendaria reputación como jefe de la caballería *mambisa*.

“SU MACHETE, JALON INFLEXIBLE”

20 de Diciembre.—“La Colmena”. (Miró):

Al acampar, llega al frente de las fuerzas de Matanzas, Pancho Pérez, trayendo la noticia de que no estaban lejos los españoles. Al disponer Maceo que la infantería fuera a su encuentro, vivo tiroteo en las avanzadas. El general Gómez, recorriendo la línea de formación, dijo imperativamente que sólo se haría uso del arma blanca... Agachados los jinetes sobre las monturas, con los sombreros quitados, el ojo avizor y el acero desnudo. Eran dos alas formidables; el caballo blanco de Maceo servía de punto de mira a una de ellas y el machete de Máximo Gómez era el jalón inflexible que alineaba la otra.

La columna española, —pequeña, 500 hombres—, que recordó a Mal Tiempo, se retira.

21 de diciembre.—Marcha por la noche, y al atravesar la línea férrea de Colón a Cárdenas, la columna se divide por error del rastro en dos trozos, siguiendo la mayor parte con Maceo y la otra con Gómez.

(Miró):

El contratiempo no era, sin embargo, alarmante, dado que al frente de las fuerzas equivocadas estaba el General Gómez. La columna de Maceo era más consistente que la dirigida por Gómez, pues el efectivo armado de la que según el General en Jefe no llegaba a setecientos hombres, y en cambio, era mayor su impedimenta, así como el número de heridos graves, algunos en camillas, circunstancia que aumentaba las dificultades y peligros de la marcha... Si la operación de Maceo fué atrevida y peligrosa, la realizada por Gómez merece el concepto de osada y arriesgadísima. Maceo, remontando al Norte, se sitúa al Oeste de Jovellanos, cuartel general de Martínez Campos. Gómez se dirige al Sur, cruza la vía férrea de Colón a Jovellanos y entra en El Roque para orientarse sobre su rumbo futuro.

EL RASTRO DE LA CANDELA

Fué en este lugar donde dijo Máximo Gómez al alcalde de la localidad: “Dígale a Martínez Campos que si quiere saber mi rumbo que me siga por el rastro de la candela...”

(Miró) :

Maceo se dirige entre Tosca y Mádan, momentos en que Martínez Campos salía de Jovellanos, y Gómez por su parte emprende marcha forzada por el camino más recto, pero no el menos peligroso puesto que en su travesía cubre uno de los flancos de Maceo, sin saberlo éste, y podía ser flanqueado por Martínez Campos.

Se unen las dos columnas, a las doce del día, y dice Boza, rudo soldado:

Nos hace derramar lágrimas el prolongado y cariñoso abrazo que se dan el General en Jefe y su Lugarteniente, que por dos veces se sueltan y vuelven a estrecharse en ese lazo que nada ni nadie podrá romper, pues estos dos hombres se completan y la aureola de gloria de uno no hace palidecer en lo más mínimo la del otro.

Coliseo.—El General en Jefe envía al ayudante Cruz Olivera con la orden al Lugarteniente para aceptar el combate, etc., etc., En estos momentos llega el Lugarteniente, habla al oído del General en Jefe y éste hace signos de aprobación. (Boza.)

Después de Coliseo, dentro de aquella densa red de ferrocarriles (señalada con agudo juicio crítico por Reina), se supo con seguridad por Gómez y Maceo, o al menos presumieron, que un cordón de columnas españolas los esperaba en la línea férrea de Unión, como así sucedió, y embarazados por la impedimenta de sus heridos, surgió allí la famosa contramarcha hacia Cienfuegos, que aseguró el éxito de la operación aplazada. Este magistral movimiento es el que con gran acierto denominó el teniente Reina el “lazo de la invasión”. Fué decidido con tal sigilo entre los dos caudillos, que ni aun su jefe de Estado Mayor lo conocía, y vino a ser percibido por sus huestes cuando a la inversa de la ruta trazada por Gómez a Vicente Núñez, práctico mayor, en su lacónica orden: “Por la mañana, el sol de frente, por la tarde, a la espalda”, ven con alegría que éste sale a sus espaldas; pero el 27 y cerca de Yaguaramas, vuelta otra vez a Occidente.

EL REY DE LA CONTRAMARCHA

¿Quién de los dos caudillos, en las conferencias que celebraron, preliminares a todo plan, y como era en ellos habitual, *y a las que nadie asistía*; quién ideó esta famosa contramarcha que llegó hasta cerca de Yaguaramas? Nada sabemos; pero el análisis del temperamento militar de ambos, de su habitual estrategia, de la conducta que siempre observaron ante el enemigo, Maceo que le iba siempre arriba, que arremete contra el obstáculo con todo su ímpetu para romperlo (expedición de Rius Rivera) y abrirse paso; Gómez, que, al contrario, lo eludía, que fué el rey de las contramarchas, su movimiento favorito, su habitual estrategia; todo esto nos induce a pensar con fundamento que el que debió sugerir al heroico Maceo ese movimiento, tan fecundo para el éxito futuro del plan de los dos soldados, fué su sagaz y viejo maestro.

Después, Triunfana, sangriento combate en que dejan atrás las columnas españolas y entran por segunda vez los caudillos cubanos en las provincias de Matanzas y La Habana, por el Sur.

LA COLUMNA DE FUEGO

Desde aquí fué la marcha de los invasores tan feliz y desembarazada, que desde cerca de Colón hasta Alquízar la trayectoria de su marcha es la recta, ligeramente ondulada, que une esos dos puntos. Los *mambises* atraviesan estas dos provincias como la columna de fuego que guiaba a los israelitas en el desierto; fué su marcha un meteoro de humo y de llamas que se extendía a varias leguas, e inmutable avanzaba hacia Occidente al paso de los invasores, con la fatalidad de un fenómeno celeste, reduciendo a cenizas todas las riquezas de ambas provincias, que eran los ingenios en plena molienda; plan que, impuesto por Gómez, aterró y desmoralizó al alto mando español.

El día 6 de enero de 1896 se acampa en Ceiba del Agua, y dice Boza: "Por primera vez he visto al General en Jefe re-

prender, y de un modo violento, al Lugarteniente General” (6). Consigno este incidente para subrayar la subordinación nunca desmentida de Maceo a su maestro y jefe, al par que la admiración que en todos momentos patentizó por él. Mucha y muy grande tenía que ser su admiración y respeto por aquel hombre para aceptar la agria reprensión.

CUIDANDO LA PUERTA

El 7 de enero, en Hoyo Colorado, llega muy temprano el Lugarteniente con parte de su Estado Mayor a conferenciar con el General en Jefe, y fué en esta entrevista cuando Gómez dijo a Maceo textualmente (Sánchez Agramonte): “Es necesario que uno de los dos se quede cuidando la puerta. Vaya usted, como hablamos anoche, por el Norte de Pinar del Río, que yo me dirijo por el Sur de La Habana, para llamar la atención del enemigo y facilitar su avance.” El ostentoso movimiento de Gómez engañó tanto y tan bien a Martínez Campos y sus tenientes, que el combate de Ceiba del Agua con Gómez, en el mismo día fué reportado al Estado Mayor español por los generales Suárez Valdés y García Navarro como tenido contra Maceo. Telegrafía Martínez Campos a Madrid el mismo día: “Noticias contradictorias sobre grueso enemigo me hacen desistir avance sobre Pinar. Las tengo dispuestas para ir donde convenga.” Dice el general Miró que sólo el día 10 supo Martínez Campos la invasión de Maceo a Vueltaabajo, de modo que al lanzar sus columnas sobre las huellas del Lugarteniente, éste tenía cuatro marchas de avance sobre ellas.

Ya definitivamente orientado el alto mando español divide sus columnas en operaciones, y destina cuatro para perseguir a Maceo en Vueltaabajo y seis contra Gómez en La Habana, y las cuales se elevaron días después, cuando asume el mando el general Marín, a seis columnas sobre Maceo (Echagüe, Arizón, García Navarro, Luque, Canellas y Sánchez Hechavarría), y

(6) Máximo Gómez terminó su reprensión con el apóstrofe: “Hasta el general Maceo le tiene miedo a los españoles?” (Sánchez Agramonte).

contra Gómez siete, y más tarde ocho (Aldecoa, Cornell, Galbis, Linares, Tort, Prats, Macón y una columna de ocho escuadrones de caballería traídos de Las Villas, a las órdenes del general Marín). De modo que asignando a estas columnas una cifra de mil quinientos hombres, cálculos seguramente muy por debajo de la realidad, el Capitán General español dispuso, para operar contra los dos jefes cubanos, a mediados de enero, de más de veinte mil hombres. Además, para esa fecha se encontraban ya casi todos los poblados de la provincia de La Habana guardados por destacamentos de tropas. Dividió Marín sus columnas, destinando contra Maceo, en Vueltabajo, próximamente la mitad, y un poco más de la otra mitad contra Gómez en La Habana. (Están tomados estos datos de las noticias remitidas por el Segundo Cabo a Weyler.) La simple consideración de ellos demuestra el acierto de Gómez al quedar “cuidando la puerta” y la importancia que naturalmente dió el Estado Mayor español a la provincia de La Habana, entonces la más rica y poblada y sitio de la capital, a la que en sus correrías amagaba Gómez.

Pudo Maceo con desembarazo proseguir su gloriosa marcha hasta Mantua, no tropezando (y eso porque fué él mismo a buscarla) más que con la pequeña columna española de Las Taironas, el 18 de enero, es decir, once días después de separarse de Gómez y no ver columnas españolas en su camino hasta entonces; de ahí en adelante los encuentros que tuvo, Paso Real y Consolación, pudieron ser eludidos fácilmente, pero su espíritu intrépido le hizo operar ofensivamente. (Miró.)

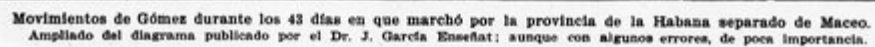
CAMPAÑA ESTUPENDA

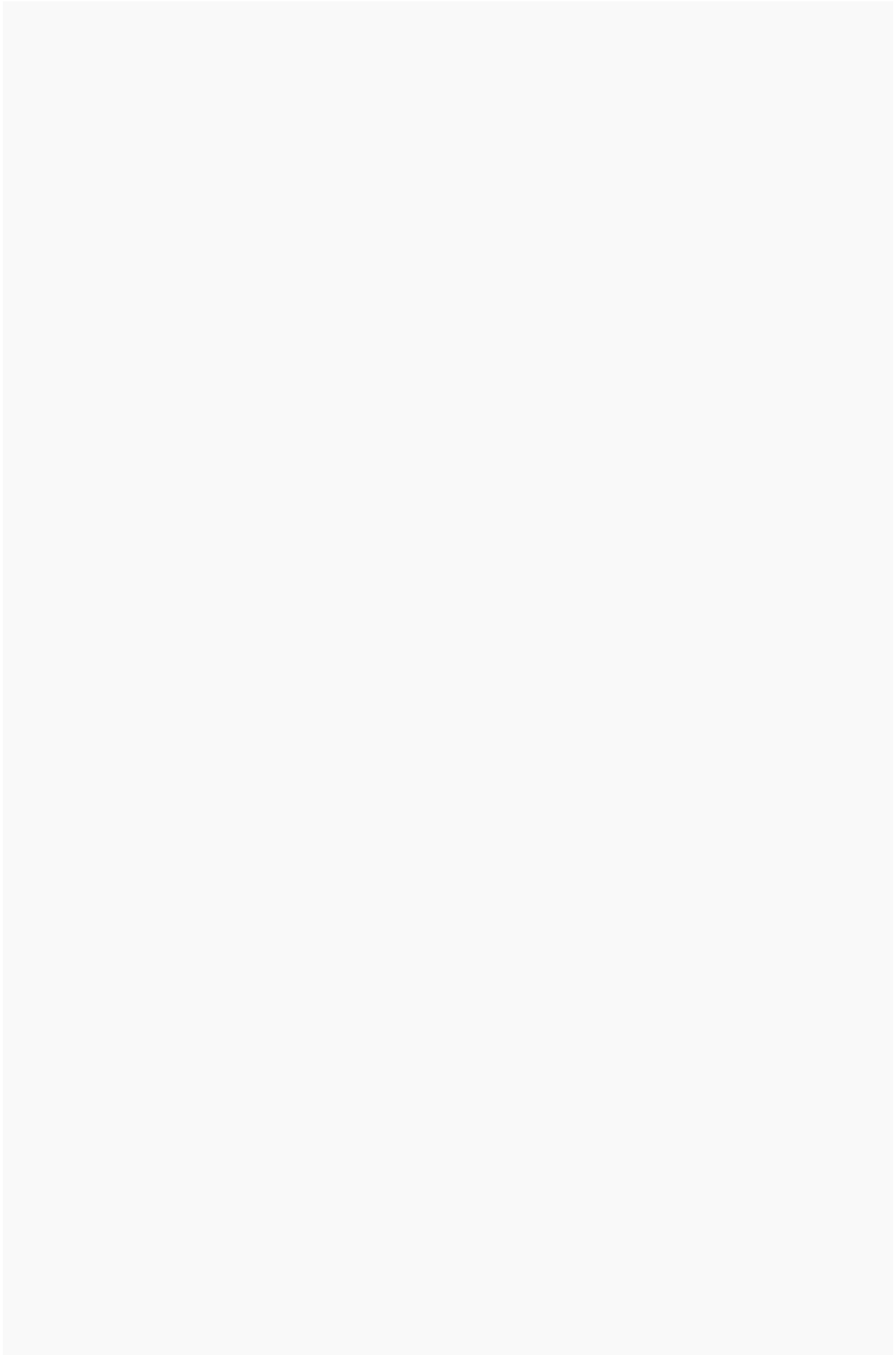
Al separarse Gómez de su Lugarteniente, realiza, durante los cuarentitres días en que, aguardando su vuelta, permanece sin salir de la provincia de La Habana, la campaña más estupenda y extraordinaria de todas las que en su brillante y larga vida militar, siempre con éxito, llevó a cabo. Con una columna que aunque Boza, al separarse ambos capitanes, estima en dos mil trescientos hombres, de los cuales estaban ochocientos desarmados, impedimenta, y más de trescientos de infantería, yo, que

varias veces la vi en sus marchas y campamentos pude apreciar que este número a diario crecía por la nube de nuevos incorporados, sin contar además con las fuerzas locales recién sublevadas de Adolfo Castillo, Aurelio Collazo, Alberto Rodríguez, Rafael de Cárdenas, Cristóbal Pérez, Los Cuervo, Juan Delgado y otros más que se unen a cada momento al viejo caudillo, buscando la protección de su brazo poderoso.

En esta nuestra provincia, densamente poblada, con sólo nueve o diez leguas de costa a costa, sin bosques y sin montañas de relieve, surcada por ferrocarriles (los actuales), unidas sus poblaciones todas por telégrafo y teléfono y guarnecidas a poco de tropa regular, hondamente arraigada en ella el espíritu de la Metrópoli y sus intereses, demostró Gómez que era el mismo maravilloso estratega de la década famosa, y que de igual modo batía y burlaba las columnas españolas al frente de un puñado de hombres en los vastos y desiertos potreros de Sancti Spíritus, como operando con dos mil y a las puertas de La Habana, pese al enjambre de soldados enemigos que tenía encima y al dédalo de vías férreas. Y todo esto, señores, no durante un día ni dos, sino ¡mes y medio! Mes y medio, durante el cual no salió Gómez del pequeño, llano y despejado territorio que existe entre Alquizar y Quivicán, cuatro leguas apenas.

Suárez Valdés, Segundo Cabo, dice, en 6 de febrero, en cablegrama a Weyler en Puerto Rico: "General Segundo Cabo interino a General en Jefe: Contra Gómez operan las columnas siguientes: Aldecoa, centro en Pozo Redondo. Cornell en San Felipe. Prats en límite de provincias. Galbis en Quivicán y Linares y Tort, añadiendo ocho escuadrones y una batería ligera de cuatro piezas, con el general Marín. Todos estos movimientos son para estrechar a Gómez, que se mueve hace muchos días en una pequeña zona entre Alquizar y Quivicán, eludiendo a nuestra fuerza." Todo esto que señala el Segundo Cabo español ocurrió el 6 de febrero, es decir, más de un mes después de la entrada de Gómez en La Habana.





NO SABEN QUÉ HACER

Vuelve materialmente loco al alto mando español, que no sabe lo que ha de hacer y trae para perseguirlo en vano casi toda la caballería que tiene en Las Villas, sin que un solo momento le disperse el más pequeño de los piquetes de su larga columna, sin que jamás se vea comprometido ni amenazado por un instante, a pesar de la publicidad ostentosa de sus campamentos y de marchar en muchas ocasiones con las cananas de sus soldados vacías. “Se movía—frase del alcalde de Quivicán—como Pedro por su casa”, sin hacer gran caso de las combinaciones que por telégrafo y para coparlo se ideaban en La Habana por el Estado Mayor enemigo. Desde esta pequeña zona, que elige como base, cae como el rayo sobre los trenes, que toma y destruye; sobre convoyes militares de los que se apoderan, él o sus tenientes; se bate con sus fuerzas en grandes combates, como en Ceiba del Agua, Mi Rosa, o en pequeños encuentros, a su voluntad; acampa en las poblaciones, en La Salud, Tapaste, Catalina de Güines, San José de las Lajas; asalta y ocupa a Bejucal durante varias horas, causando el hecho sensación por su proximidad a La Habana, no sólo en esta ciudad, sino también en España, y su audacia llega hasta poner sus avanzadas en el Cotorro y en San Francisco de Paula, a fines del mes de enero. Unas veces se divide y manda a su teniente Pedro Díaz a tomar trenes militares (el de Pozo Redondo); otras se concentra, y unido con Castillo y Aurelio Collazo, amenaza siempre.

Examinando la gráfica de sus movimientos en el mapa, y al recordar todo esto, nos vemos obligados a convenir en que el hombre de guerra que con tan pequeños medios realizó tales prodigios, sabía mandar algo más que una guerrilla, y el simple examen de esta campaña de Gómez, moviéndose con éxito y con tan grandes fuerzas en el peor y más pequeño territorio de Cuba, destruye también, por absurda, la otra afirmación, la de que Gómez no sabía mandar grandes fuerzas. ¿Y Palo Seco, La Sacra, Las Guásimas y Saratoga? No, señores, lo que pasaba es que Gómez hacía las mismas maravillas con cien hombres que con dos o tres mil. Naturalmente, en esta última guerra y por muchas

razones, aconsejaba en nuestras provincias occidentales, con sabiduría militar, que se operase con pequeñas fuerzas, único medio de obtener ventajas sin sufrir grandes pérdidas de hombres, irreparables en nuestro Ejército Libertador. Siempre que fué desoído por nuestros jefes y se operó con columnas, en ellas, sobre todo en Matanzas, las consecuencias fueron desastres, terminando la operación, según gráfica frase del general Pedro Betancourt, en la dispersión hasta en parejas. En su portentoso pasado militar, muchas veces mandó, y con éxito no superado, grandes fuerzas. Por otra parte, hay que recordar que en esta campaña no fué nunca jefe de fuerzas ni de operaciones, sino por accidente; era el General en Jefe de nuestro pequeño y heroico Ejército. (7).

TACTICA FABIANA

Después de la invasión cambió Gómez su ofensiva por la táctica Fabiana. Cuando en Santa Teresa le preguntó Grosby, corresponsal del *Journal*: “¿Por qué el general ha dado orden a su infantería de abandonar esa loma? Ella estaba muy firme”, responde el viejo General al intérprete: “Díle a este americano que lomas como ésa hay miles en Cuba, y que más vale, para mí, un mulo de la impedimenta que una loma.”

En los primeros días de febrero, lleno de ansiedad por la estancia de su Lugarteniente en Vueltabajo y de justo temor por su arrojo, hace incursiones hasta dentro de esta provincia, y señala Boza, en ese período, intensa preocupación de su jefe por la situación de Maceo, que llegó hasta el grado de enviarle el día 8 de febrero a Vicente Núñez, su práctico mayor, con Emilio Collazo, muy conocedor de la comarca por haber nacido en Las Mangas, para que le sirvieran de guía en su marcha hasta La

(7) Es otra página hermosa de Gómez la del apoyo a Maceo, para dar cima a la campaña de invasión en el límite occidental de la Isla. Gómez se mantiene en la provincia de La Habana luchando diariamente contra los batallones de Martínez Campos, sin moverse de una misma zona territorial, de corta extensión y llena literalmente de soldados enemigos. (*General Miró.*)

Habana; comisión que desempeñan al encontrar a Maceo después del combate de Laborí.

ABRAZO DE GOMEZ Y MACEO

Por fin, el 19 de febrero, emocionadísimos, se abrazan los dos hombres, después de haber coronado ambos la magna obra de su vida militar, "permaneciendo largo rato sin poder pronunciar una palabra, estrechamente abrazados." La obra increíble se había consumado: habían invadido y sublevado y dejaban organizada la rebelión en Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Para combatir estas provincias necesitó la Metrópoli doblar casi su ejército, y la invasión asegura el triunfo definitivo de los insurgentes cubanos, porque soy de los que creen que con la guerra entre los Estados Unidos y España o sin ella, la independencia de Cuba estuvo decretada al terminar la gran operación de Gómez y Maceo; ya sólo era cuestión de aguardar un poco más de tiempo.

Efectivamente, durante dos años, según el plan del general de opereta bufa, si no fuera tan siniestra su memoria en Cuba, Weyler, se concreta el Ejército español a las operaciones activas en estas provincias, donde, con la obstinada inconsciencia de un insecto, había Weyler perdido, al cabo de dos años, casi la mitad de sus efectivos, devorados por el trópico, y la otra mitad corroída por el paludismo, la disentería, la fiebre amarilla y las caquexias de todo orden, más parecían sus columnas en marcha enjambres de mendigos, hospitalarios y convalecientes, que tropas capaces, a pesar de su innegable valor en el combate. En ese período perdió el Ejército español peninsular, según la estadística del autor español señor Corral, en su libro *El Desastre*:

Muertos por la fiebre amarilla.	28.819
Por otras enfermedades.	30.120
En acción de guerra.	4.128
Total.	63.067

Y entre repatriados, hospitalizados e inútiles por enfermedad, se puede calcular no menos de otro tanto.

Y Ramón y Cajal dijo en sensacional artículo, a raíz de la guerra:

Los que hemos estado en Cuba sabemos que el mortífero clima de las Antillas, en triste complicidad con nuestra pésima administración, es decir, con el hambre, el desbarajuste y el descabellado movimiento de las columnas, había de reducir al año aquel contingente de doscientos mil soldados que enviamos, a cerca de cien mil, y a los dos años a cincuenta mil, poblando los hospitales y hasta nuestros pueblos y aldeas de tísicos, palúdicos y anémicos.

SUS TRES MEJORES GENERALES

Es por eso que Gómez, el profeta Gómez, decía: “Esperen a que entren en acción mis tres generales: Junio, Julio y Agosto.”

Este enorme esfuerzo dió por resultado disminuir la rebelión en esas provincias, pero no concluir con ella. El 12 de noviembre del 97, y en la pacificada provincia de Pinar del Río, tiene el general Hernández de Velasco, en combate contra Pedro Díaz, en las lomas, catorce muertos y cincuentiún heridos. (Publicado en el libro de telegramas oficiales. Madrid, 1898.) En cuanto al resto del país, de la trocha de Júcaro y Morón a Oriente, se puede decir que la guerra no había empezado aún. Su inmenso territorio de montañas y bosques se encontraba en 1898 virgen del soldado español. Había, pues, que empezar la guerra allí, una vez concluída aquí, y si la disminución de su fuerza en Occidente necesitó dos años y cerca de doscientos mil soldados, ¿cuántos soldados y cuántos años hubieran sido precisos para llegar al mismo resultado de Santa Clara para arriba, si en el 68 costó diez años y terminó por un pacto?

La contestación es obvia.

Si, como dijo Napoleón, no fueron las legiones romanas las que conquistaron los Galias, sino César; no fueron los soldados cartagineses los que triunfaron en Cannas, sino Aníbal, podemos, con justicia, decir que los que realizaron ese milagro de la guerra

que se llamó la invasión fueron Gómez y Maceo, prodigiosos manantiales humanos de moral militar, detrás de los cuales se lanzaron nuestros *mambises* a la épica aventura con la fe de los creyentes medievales.

CINCO CABALLOS MUERTOS

El ciego Destino, la deidad inexorable que preside los fastos humanos, fué propicia con Cuba, porque ninguno de sus dos caudillos cayó bajo la bala feliz de Cánovas, a pesar de que ambos prodigaron su vida en el curso de esta operación. Solamente Gómez tuvo, durante ella, muertos debajo de sí, por las balas españolas, cinco caballos, dos en Mal Tiempo, uno en Coliseo, el cuarto en el combate de Santa Lucía, en el Caimito, y el quinto en Moralitos. Recibió, además, un balazo en la pierna derecha, en el encuentro de Cayo de la Rosa. Razón tenía Mario G. Menocal: "Gómez era tan bravo como el que más."

Fué el éxito de la operación la sorpresa, muy bien señalada esta causa por el general Miró en sus *Crónicas de la guerra*; efecto del cual tuvo una clara visión Máximo Gómez, y de ahí su insistencia con Maceo para anticipar cuanto antes la operación. Jamás creyó el alto mando español que Gómez y Maceo, con grandes núcleos de fuerzas, se atrevieran a llegar y mantenerse en La Habana y Pinar del Río. Caro pagó su error, de igual modo que lo pagó caro también el Capitán General Concha, Marqués de La Habana, destituido por su Gobierno el 75 y "tumbado" también por Gómez con su invasión a Las Villas.

Ya lo dijo Miró: "Si Martínez Campos guarnece a Matanzas con los refuerzos que, a su petición, de seguro, le hubieran enviado, no habría sido posible la invasión." Fué sorprendido, pues, Martínez Campos, sorprendidos los cubanos, el mundo de los negocios, las empresas azucareras todas, que tranquilas preparaban su molienda; señores, hasta los mismos insurrectos fueron sorprendidos; los únicos para los que no fué una novedad su éxito rotundo fué para los dos caudillos, que sabían, como sucede en el ajedrez, lo que era ganar un tiempo: ganaron, pues, un

tiempo sobre Martínez Campos, que ya, después de eso, llegó siempre con retraso al lugar amenazado por ellos.

EL PESO DE LOS COMBATES

La mayor parte y el peso de esos combates fueron sostenidos principalmente por las heroicas escoltas de ambos caudillos, formada una por orientales y la otra por camagüeyanos. Sólo la escolta del General en Jefe que partió de Lázaro López con cien hombres, poco más o menos, a los dos meses (consigna Boza,) ya en Santa Rita de Baró, había quedado reducida a veinticuatro; el resto había caído en nuestras campañas de Matanzas y La Habana. La deferente subordinación de Maceo a su jefe y maestro fué patente siempre y lo prueban tantos y tantos episodios de esta campaña. (E. Sánchez Agramonte.) Siempre al acampar ambos caudillos, y terminado el servicio de seguridad, iba Maceo al cuartel general de Gómez a darle cuenta y a conferenciar con él, casi siempre en privado.

En ocasiones, cuando alguien de su Estado Mayor sugería ideas para un movimiento, Maceo, antes de considerarlo, decía: “¡Vamos a ver lo que dice ‘El Viejo!’”, nombre cariñoso que daban a Gómez sus íntimos, entre ellos, él, y pienso yo que seguramente quería decir: “Vamos a ver a nuestro Néstor”.

Su amor admirativo por Maceo, como cuenta Miguel Varona, al emprender el Lugarteniente una operación, le hacía decir en ocasiones: “¡Dejen que Maceo se luzca!” Cuando el combate se prolongaba, dice el mismo Varona, porque Maceo no cejó jamás ante nadie, le enviaba un ayudante: “Diga al general Maceo que basta por hoy; que se retire.”

Todo demuestra al espíritu crítico que Gómez ordenó la invasión, y que mejor que nadie comprendió que era una cuestión de oportunidad, y que Maceo, colaborando con su jefe y por su orden, condujo a los orientales hasta unirlos con los hombres de Las Villas, que Gómez le preparaba, y ya desde ese momento se confunden los dos en un solo movimiento, y nadie podrá decir en el curso de su larga operación, hasta que ambos se separan, cuál de los dos, y en cualquier aspecto, sobrepujó

al otro en sus respectivos papeles de General en Jefe y de Lugarteniente. El viejo y el joven se alzaron en los fastos de la historia militar *mambisa* muchos codos por encima de su ya glorioso renombre, y cuando en Catalina de Güines se abrazan, hay que convenir, con Sanguily, en que es difícil concebir la operación faltando uno de los dos.

LA OBRA DE LOS DOS

Todas estas citas, todos estos incidentes que hemos compilado, señalan que jamás fué desmentida, repetimos de nuevo, la estrecha armonía que reinó siempre entre los dos durante aquella campaña, de la que dependió la suerte de la revolución. Miró, justamente idólatra de Maceo y su panegirista, dice: "Fué la obra única de dos ilustres soldados, Gómez y Maceo, que coincidieron en el plan con perfecta identidad, tanto en el orden del tiempo como en la manera de ejecutarlo."

Durante el transcurso de ella, que empezó realmente el 1° de diciembre, hasta que se separan ambos en Hoyo Colorado, el 7 de enero, es decir, durante treintiocho días, fueron estos dos hombres, el uno casi joven todavía, el otro ya viejo, unas veces Gómez, otras Maceo, jefes de columnas u oficiales subalternos. Lo mismo deciden y acuerdan entre los dos el plan de mañana como a la cabeza de sus pelotones cargan con la hoja en la mano, y como jefes de escuadrones sobre las filas adversas.

La solicitud con que allana y prepara el maestro los éxitos a Maceo, realmente fueron paternales. Cuando remiso Quintín Banderas no acababa de traer la infantería de Oriente, que hacía tres meses había quedado en Trinidad, y precisaba para la marcha de Maceo a Pinar del Río, y cuando los desastres de su conducción en La Olayita y El Mamey amenazan concluir con ella, va el mismo Gómez en persona a guiarla, a escoltarla, y no dejándola disparar un tiro, la entrega intacta a Maceo en Galeón, donde, por última vez, se abrazan estos dos hombres admirables, fabricados de barro tan excelso y que ya no habrían de verse más.

ULTIMO ABRAZO

“Los dos caudillos se dieron un estrecho abrazo. Los designios del porvenir, siempre velados a la humana penetración, no podían infundir el temor ni la sospecha de que aquella despedida tan ardorosa sería la postrera. Los dos hombres extraordinarios que simbolizaban la vida de la revolución, y eran el alma de la guerra, no volverían a encontrarse juntos en ningún otro lugar de la batalla.” (Miró.) Al despedirse Boza del Lugarteniente, le dice Maceo, que admiraba—es la palabra—, a su maestro: “¡Cuide mucho al Viejo! ¡Nadie como él sabe defender nuestra bandera!” Esto dijo Maceo y esto es definitivo. Él, Gómez, por su parte, le discernió, en memorable proclama, el dictado de primer general del Ejército Cubano; y desde que sargento, y a sus órdenes, ganó Maceo todos sus grados hasta coronel; desde que siendo sólo brigadier fué seleccionado por Gómez entre la pléyade para mandar, en la invasión del 74, las fuerzas de Oriente, siempre hubo entre ellos el respeto y la admiración mutua, y hasta la suerte quiso, a la hora cruel de su desplome, que la sangre de Máximo Gómez, presente en su heroico hijo, corriera sobre su cuerpo inerte, y juntos el destino los uniera en la misma fecha y en la misma fosa.

SUS ENEMIGOS

Tuvo el general Gómez enemigos y detractores. ¿Quién no los ha tenido? Su austeridad monacal en los campamentos, su carácter agrio y violento se los suscitaba. Como todo hombre que ha nacido gran capitán, era autoritario, y tenía, como dijo Poincaré de Clemenceau, “el defecto de sus grandes cualidades”; y él, que cuando hablaba parecía que daba órdenes, trató a todos en la guerra como a subalternos. Pero, después de todo, muerto Martí, ¿quién no era su subalterno, moral o militar, en la revolución? El tiempo, que no en vano sigue su curso despiadado, lo borra todo; a nuevas épocas, otros hombres, nuevos ídolos; pero entonces, en aquellos sombríos tiempos, los dos supremos cultos, las dos esperanzas del pueblo de Cuba fueron estos dos hombres, y de Maisí a San Antonio su pueblo elevaba

todos los días preces por la vida de ellos, y cuando cayó Maceo, sólo tienen los cubanos en su honda aflicción un lenitivo a su pena!: ¡aún nos queda Máximo Gómez!

Un grande de la Revolución del 95, Juan Gualberto Gómez, el hombre que abrió su mano el 24 de febrero y desató ese día sobre Cuba la tragedia de la guerra por orden de Martí y Gómez, discorde con él, dijo: “Me separo del general Gómez en esto, como puede un hijo separarse de su padre.” Junto a la puerta de su modesto hogar, dos grandes retratos, dos óleos, atraen la mirada. Uno de Francisco Vicente Aguilera, su maestro en el ideal; el otro, de Máximo Gómez. Manuel Sanguily, en carta íntima a José Manuel Carbonell, le dice: “Del pobre general muerto le diré que lo he sentido como cosa mía... Ahora están cerca en el cementerio el viejo y glorioso caudillo que recuerda, para mí, mi Historia. El era una encarnación, su presencia significaba el ideal vivo y luminoso; desaparecido él queda éste sin representación y sin autoridad...”

LA MUSA POPULAR

Los nombres de los dos, unidos para siempre como lo están en la historia, lo fueron también por sus soldados. La musa popular, el folklore *mambí*, los entrelaza siempre en su ingenua y primitiva poesía, y los infantes de los Ducasse, rudos negros de Oriente y montunos de Las Villas, cantaban en el vivac de “Mi Rosa” el 10 de enero del 96, al son de las maracas y del tiple:

Yo le pido al Soberano
que viva Máximo Gómez.
España, tú no te comes
al viejo dominicano.
Él defiende a sus hermanos
porque tiene facultad,
y defendiéndolo está
toda la plana guerrera;
Maceo con la bandera
pidiendo la Libertad.

Martínez Campos creía
que Cuba iba a ser de España, (8),
recorriendo la montaña
con piezas de artillería.
Y Maceo le decía:
"Váyase usted a la Habana;
yo, con mi tropa cubana
y Máximo Gómez al frente,
hago a Cuba independiente
con pólvora americana.

Y otra de la cual sólo el final recuerdo:

Y grita Maceo a su gente:
Máximo Gómez me ha dicho
que a él le va de capricho
ver a Cuba independiente.

No se puede, no, arrancar de las sienes del glorioso anciano el heroico laurel que las ciñe. Para eso sería preciso, antes, borrar de nuestras efemérides el Pino de Baire, Palo Seco, Playitas, Mal Tiempo, la invasión, y habría también que borrar treinta años de orgullosa historia patria. Ya lo dijo él con ceño altivo, refiriéndose a uno de sus enemigos: "Lo desafío a que escriba la historia de Cuba sin nombrarme; cualquiera la puede escribir sin nombrarlo a él."

INGRATITUD DE LA REPUBLICA

Si Martí, profético, dijo a Gómez en memorable carta fechada en Santiago de los Caballeros en el año 1892, cuando le pidió su concurso para libertar este pueblo: "Yo invito a usted sin temor de negativa a este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres", jamás se pudo pensar que

—(8) El general Méndez Capote, que también oyó cantar estas décimas en los vivacs *mambises*, me observa que él conocía este verso así:

"Que se encontraba en España."

Yo lo estampé tal como lo entendí en aquella memorable noche.

en tan poco tiempo se cumpliera el augurio del bardo vidente. Veinticinco años hace que duerme bajo la tierra aquella gran figura americana a quien tanto debe en su independencia Cuba, ¡un cuarto de siglo!, y esta República, de la que fué, junto con Martí, creador, no ha podido aún levantar un monumento al hombre a quien tanto debe. Ella, que tan pródiga ha sido; ella, que ha alzado uno hasta a su adversario de treinta años, al soldado español, no ha tenido tiempo para ofrendárselo a Máximo Gómez; pero si la República dejara incumplida esta deuda con el que todo se lo dió para que ella naciera, hasta su hijo, el buen pueblo de Cuba, ese generoso subsuelo, esperanza de Martí, cuando toque a sus puertas, dará su óbolo para alzar la estatua de Máximo Gómez.

